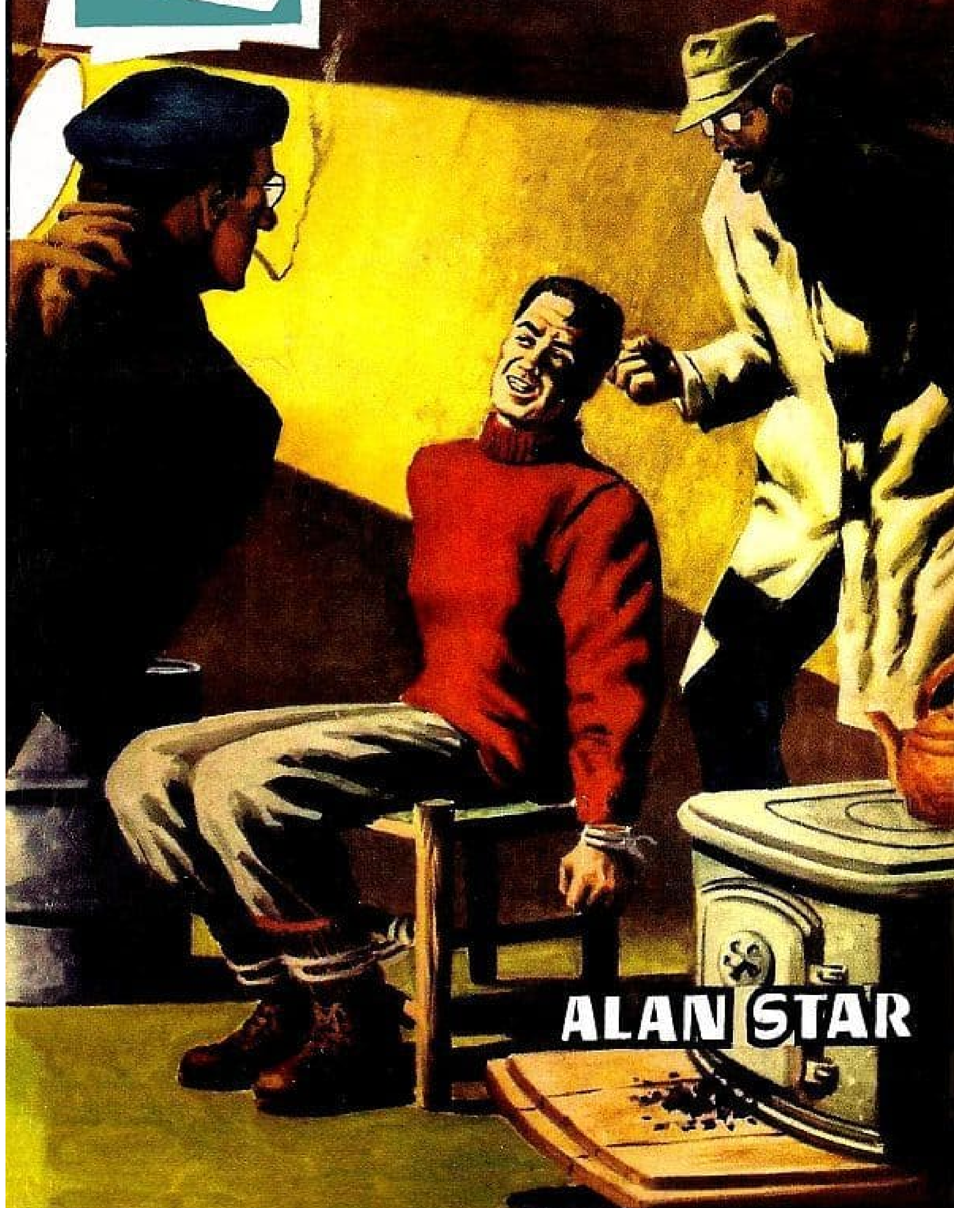

S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE
SIMBIOTA CRIMINAL
ALAN STAR

SIMBIOTA CRIMINAL



SIMBIOTA CRIMINAL

por

ALAN STAR

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51 – 53
B A R C E L O N A

Depósito legal: B. 5.188 – 1960
Número de Registro: 1.428 – 1960

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A. —Arnaldo de Oms, 51 – 53—
Barcelona

SIMBIOTA CRIMINAL



CAPÍTULO PRIMERO



L agente nocturno dejaba oír sus pasos sobre la acera de la calle desierta. Su silueta, al juego de las pocas luces que allí había, se agrandaba o achicaba, tomando extensiones desproporcionadas, gigantescas, para después reducirse, como si la sombra correspondiese a la de un pigmeo.

Hacía frío.

Un viento helado llegaba del río, disfrazado de bruma, densificando la atmósfera y dejando un trazo de humedad por donde pasaba.

Robert Cone estaba acostumbrado a aquellas rondas nocturnas; pero, a pesar del hábito, experimentaba la desagradable sensación de tener toda la noche por delante, en absoluta soledad, sólo con sus ideas y sin poder echarse a coleto un buen vaso de «whisky».

Sólo una vez cada hora, cuando llegaba al extremo de la avenida, solía encontrar a Pryor, el agente del otro sector que, en realidad, le esperaba para fumar un cigarrillo juntos y permanecer, en animada charla, el corto tiempo que les era permitido estar juntos: tres minutos.

A aquella hora, las tres de la madrugada, habían terminado definitivamente todas esas pequeñas cosas que distraían un tanto la monotonía de la ronda: borrachos aislados y lloriqueantes, alguna que otra pareja y los sin hogar, que iban de un lado para otro en busca de un rincón donde pasar la noche.

Ahora era la soledad completa, cuando uno podía darse cuenta

de que una ciudad como Nueva York duerme y parece haber muerto, hasta que el alba rasgase la negrura de sus calles y que las luces no lograban arrancar aquel aspecto de enorme cadáver de piedra y asfalto.

Robert lanzó un suspiro.

Hubiese deseado trabajar durante el día, como sus otros compañeros, ver el movimiento animado de las calles, el colorido espléndido de las avenidas y el ir y venir de los transeúntes. De día el oficio de policía era más humano, más agradable.

Pero era muy difícil que le sacasen del trabajo nocturno. Hacía sólo dos meses que había ingresado en la policía y debía pagar la «novatada», como todos los demás, sin remisión, hasta que una nueva «hornada» de bisoños entrase, haciendo posible que le trasladasen a otra brigada.

No lo notó de golpe.

Como suele ocurrir, se dio cuenta cuando ya había pasado la callejuela. Su mente estaba hondamente preocupada por todo lo que rondaba por ella; pero sus ojos vieron «aquello» y cuando había dado una docena de pasos, retrocedió, frunciendo el entrecejo.

El callejón, sin fondo, estaba casi completamente oscuro, pero el bulto era visible y Robert avanzó hacia él, plenamente convencido de que se trataba de un ebrio o de un pobre que había resuelto pasar allí el resto de la noche.

Se inclinó, golpeando suavemente con el bastón al cuerpo.

—¡Eh, amigo, en pie! ¡No se puede dormir aquí!

Pero el otro no se movió.

Sacando su linterna, el agente iluminó el cuerpo, buscando después la cabeza. El nombre la tenía escondida entre los brazos y Robert Cone tuvo que inclinarse, arrodillándose casi, para separarlos y poder ver la cara.

Se quedó helado…

Nunca había visto ni siquiera imaginado una expresión donde el horror y el dolor se reflejasen de aquella forma. Los ojos del hombre estaban desmesuradamente dilatados y todos sus rasgos estaban contraídos en una alucinante mueca. Cada músculo facial, cada centímetro cuadrado de piel parecía reflejar aquel horror que hacía de su rostro una máscara imposible de copiar. Dejando la linterna en el suelo, el policía se quitó los guantes y extendiendo su mano

derecha, tocó el rostro del hombre.

Estaba frío.

Luego, con todo cuidado, le tomó el pulso, percatándose de que no latía.

El hombre estaba muerto.

Fue como un choque que le sacudiese, como una descarga eléctrica que le recorriese el cuerpo. Dominándose, poco después, se percató de la gravedad de su descubrimiento, el primer cadáver que encontraba en una de sus rondas. Y además el primer ser humano en el que veía una expresión tan espantosa.

Se puso en pie y saliendo fuera del callejón, hizo sonar un pito, seguro de que Pryor no tardaría en llegar.

Así sucedió, en efecto.

Momentos más tarde, las botas de Preston se dejaban oír, en grandes zancadas, hasta que se detuvo junto a su compañero.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Un cadáver-repuso Cone, señalando al callejón.

Pryor se acercó, seguido por Robert, y juntos, a la luz de las linternas, examinaron el cuerpo del hombre.

—¡Qué horrible expresión tiene! —exclamó su compañero.

—Nunca vi cosa igual…; ¿crees que lo habrán asesinado? Parece como si antes de morir hubiera, visto algo espantoso.

—Así parece… Ve a llamar por teléfono. Yo esperaré aquí.

Se alejó Robert Cone y regresó poco después.

Dijo:

—Envían unos coches patrulla y una ambulancia.

—Bien.

Diez minutos más tarde, el cadáver, después de un primer examen parcial, era conducido a la ambulancia y los policías examinaban el lugar. Grandes focos habían sido instalados y complejos aparatos investigaron cada centímetro cuadrado del callejón.

Al amanecer, tras haber pasado por la Central para entregar sus declaraciones, Robert y Preston regresaron a sus casas. Para ellos, el caso había terminado y no sería más que un recuerdo de aquella ronda nocturna.

* * *

Donald Callowan y su ayudante de turno, Harold Dean, descendieron del reactor, en La Guardia, que les había llevado desde Washington. Un vehículo oficial les esperaba. Los condujo a la Central Policíaca, donde fueron recibidos por el superintendente Morris.

Éste les invitó a tomar asiento, ofreciéndoles, después un vaso de «whisky».

—No creía que tuviera que molestarle, señor Callowan. Pero las cosas se han complicado últimamente.

—Ya he oído su informe, pero me gustaría que me diese usted una visión más concreta de los hechos.

—Con mucho gusto. Hace una semana un agente de ronda nocturna descubrió un cuerpo en los alrededores de la zona portuaria. De los trabajos llevados a cabo por los de identificación, hemos llegado a conocer la identidad de ese hombre: se llamaba Evan Roop y había sido, hasta hace poco, camarero en una astronave del servicio regular entre la Tierra y Marte.

—Comprendido.

—Roop tenía cuarenta y cinco años y gozaba de excelente salud. Era, según han declarado sus compañeros, un hombre alegre, sobre todo los últimos tiempos. Pero cuando debía incorporarse a su puesto en la astronave, no se presentó y sus amigos y jefes no volvieron a saber de él Hemos tenido que esperar que la nave, regresase de Marte para hacer estas indagaciones.

—¿No hay nada extraño en la conducta ni en la vida de ese hombre?

—Nada. Ya le he dicho que era un buen amigo de todos, un compañero excelente y siempre de buen humor. En estos últimos tiempos era tan feliz que sus amigos sintieron muchísimo que no se presentase cuando la astronave salía del espaciódromo. Los alegraba a todos durante el viaje y ellos han dicho que lo lamentaron de veras.

—¿Casado?

—No. Tenía novia en Marte. También hemos rogado que nos enviaran detalles sobre esa persona. Está empleada en una oficina de una empresa importante de artículos de alimentación en Nouvelleville: buena conducta, sin antecedentes de ninguna clase. En fin, una, buena muchacha que deseaba fundar un hogar.

—Bien. ¿Y la muerte de Roop?

Morris frunció el entrecejo.

—Eso es otro asunto, señor. Permítame que llame al doctor Disher, que es quien ha realizado la autopsia y todos los demás exámenes.

Callowan asintió:

—De acuerdo.

Morris habló en el visófono, manteniendo la pantalla opaca. Poco después un hombre alto, delgado, con rostro inteligente, penetraba en el despacho del superintendente.

Tras las presentaciones de rigor y cuando el doctor tuvo ante él una copa de «whisky», encendió un cigarrillo y con voz cálida dijo:

—El examen del cuerpo de Evan Roop ha sido lo más extraño que he hecho en mi vida profesional. Pero vayamos por partes…, salvo la expresión dolorosa de su rostro, que producía escalofríos, no pude descubrir absolutamente nada en la parte externa del cuerpo del muerto: ni heridas, ni contusiones ni nada que pudiese abogar por una tesis de muerte violenta.

»Pero en el interior, cuando pude examinar sus vísceras, me di cuenta de que me hallaba ante un espectáculo nunca visto… ¡Tenía los pulmones, parte del hígado y bazo completamente devorados!

—¿Devorados?

—Sí. Esa fue la impresión inmediata de la primera observación y que subsiste aún.

—¿Quién devoró los órganos de ese hombre?

—No lo sé. Ni el examen macroscópico ni el microscópico me han conducido a nada.

—¿Quiere eso decir que no ha hallado nada?

—En absoluto.

—¿Y cómo explicar esa destrucción orgánica?

Una triste sonrisa entreabrió los labios del médico, que murmuró:

—Daría todo lo que tengo por poder explicármelo, señor Callowan. Once especialistas en Anatomía patológica han visto el cadáver y sus conclusiones dicen tan poco como las mías.

Hubo un silencio.

Luego Morris dijo:

—Al saber que Roop estaba en Marte, pensamos que el caso

entraba dentro de la jurisdicción de la Spacial International Police. Por eso le avisamos, señor Callowan.

Éste sonrió.

—Bien hecho —dijo—. Y vamos a ponernos a trabajar enseguida. ¿Dónde vivía Roop?

—Aquí tengo su dirección —repuso Morris, extendiendo un trozo de papel al jefe de la SIP—. Cerca de Battery…

Donald leyó el papel y lo tendió a su joven ayudante.

—Toma, Harold. Empieza por darte una vuelta por ese barrio y fíjate bien en quiénes eran los amigos del muerto y cuál era su vida. Ahonda todo lo posible. Más tarde, si no encontramos nada aquí, veremos lo que nos dicen en Marte.

El agente se despidió de todos y abandonó la Central. Una vez en la calle, respiró con fruición el aire helado de la mañana, Le gustaba actuar y detestaba aquellas Interminables charlas en los despachos, donde jamás se llegaba a conclusión alguna.

Mientras buscaba un taxi que le llevase a las proximidades del domicilio de Evan Roop, pensó que la policía neoyorquina debía de haber hecho ya sus indagaciones por aquel lado y que no era probable que encontrase nada nuevo.

Pero, conociendo a su jefe como lo conocía, sabía que Donald quería que sus hombres viesen las cosas «a su modo», como habían aprendido a hacerlo en la Escuela de la SIP.

No era, ni muchísimo menos, despreciar a la policía de la ciudad, pero los métodos de ambas organizaciones eran muy distintos y los agentes de la SIP sabían jugar sus cartas sin que ninguna traba oficial les detuviese.

El barrio donde habitaba Roop no había cambiado en los últimos cien años y era una de esas partes de la monstruosa Nueva York que guardaba el mismo aspecto de siempre: casas de una docena de pisos, lamidas por la pátina del tiempo y de la humedad, con fachadas sucias y enmohecidas.

No le fue nada difícil encontrar la casa donde había vivido Evan y, después de preguntar en la portería, supo que se trataba de una pequeña pensión, regida por un hombrecillo gris y de personalidad indefinible llamado Parker.

Así era, en efecto.

Charles Parker era bajito, regordete, completamente calvo y con

unas gafas con gruesos cristal —sin aros, que demostraban su intensa miopía.

Abrió la puerta de la pensión y con una sonrisa fatua, examinó al visitante con insistencia.

—¿Qué desea?

—Soy de la SIP —anunció Harold Dean, a boca de jarro.

—Pase.

El hombrecillo se hizo a un lado, permitiendo que el agente penetrase en una especie de vestíbulo maloliente y sucio, amueblado con todos los desperdicios que su dueño debía haber adquirido en las subastas de los traperos de la ciudad.

—Siéntese, por favor.

Dean miró con disgusto los sillones destripados; pero, haciendo de tripas corazón, se sentó en el borde de uno de aquellos sillones, sintiendo un crujido alarmante de la madera que, por fortuna, no pasó de ahí.

—¿Vivía aquí Evan Roop?

—Sí, señor. Pero ya se lo he dicho a la policía y enseñado una docena de veces su habitación. Me han fastidiado bastante, ya que no he podido alquilarla aún.

—Ya la alquilará. ¿Cómo era Evan?

El otro sonrió.

—¡Un hombre maravilloso! Reía, estaba contento día y noche y era imposible estar triste a su lado.

—¿Pagaba, bien?

—Religiosamente.

—¿Tenía amigos?

—Todos lo éramos.

—¿Amores?

—No conozco ninguna mujer que le interesase

—¿Tenía dinero?

—Nunca le ha faltado.

—¿Vicios?

—Bebía un poco, pero nunca le vi borracho, si es eso lo que quiere decir.

—¿Drogas?

El hombrecillo frunció el entrecejo.

—¿Drogas? —repitió—. ¿Cree que estamos locos?

—Conteste a mi pregunta.

—Nunca vi que las usase. Por otra parte, la policía miró su habitación milímetro a milímetro. Puede usted preguntarles si encontraron algo sospechoso.

—Está bien. ¿No tenía ningún amigo íntimo?

Fue el otro a contestar cuando la puerta del fondo se abrió y un hombre, de una treintena de años penetró en el vestíbulo. Nada más entrar, Harold experimentó una sensación indefinible, cuyo origen no se pudo explicar por completo.

Era como si la alegría rebosase de aquel hombre, por cada uno y todos sus poros. Su expresión no podía ser más risueña y sus ojos brillaban de una manera que demostraba que estaban llenos de vida.

—¡Hola! —saludó, con un gesto amable.

—¿Quién es? —inquirió el agente.

—Franklin Bixby —repuso el de las gafas—, uno de mis huéspedes.

Y volviéndose al recién llegado presentó:

—Es un agente de la SIP. Viene a hacer unas preguntas sobre Evan.

El rostro del recién llegado se nubló, pero no fue más que una sombra efímera, dando paso a su expresión risueña.

—¡Pobre Evan! —exclamó— ¡Era la persona más encantadora del mundo!

—¿Amigo suyo?

—¿Amigo? ¡Un verdadero hermano! ¡Nunca podré olvidarlo!

—¿Cuándo lo vio, por última vez?

—La noche… en que lo encontraron. Estuvimos juntos, en un bar de la calle Doce, hasta eso las diez de la noche. Ya lo he declarado ante la policía. Luego se fue y yo volví a casa.

—¿Bebió mucho?

—Bastante. No solía hacerlo, pero parecía, cosa extraña en él, preocupado. Como si sufriese de algo.

—¿No le dijo nada?

—No lo recuerdo. Algo me dijo de un dolor de estómago…, pero no me extrañó mucho. Hacía algunos días que comía poco.

Se volvió el agente hacia el hombrecillo.

—¿Tenía Evan buen apetito?

—Excelente. Pero Bixby tiene razón: los últimos tres días comió poco, quejándose de dolores de estómago.

—¿Y por qué no dejamos de hablar de esas cosas? —Intervino Franklin— Hace un día magnífico y todo va bien… ¿a qué lamentarse? Evan no sufre ya y todos le recordamos como una persona excelente… ¡Hasta la vista, amigos!

Harold le vio salir sonriente, silbando una canción de moda. Con el entrecejo fruncido, el agente se preguntó sinceramente qué había de extraño en aquel exuberante tipo.

No lo sabía; pero, de todos modos, su alegría no era natural.

¿Drogas?

Capítulo II



OS dos hombres penetraron en la calle, mirando a uno y otro lado. Habían dejado el coche en la esquina y avanzaban ahora, con los cuellos alzados, sintiendo en sus rostros el cierzo que azotaba con furia.

—Es el segundo bar, a la derecha —dijo uno de ellos.

El otro no contestó.

El primer bar era pequeño y, a través del cristal de la puerta, apenas era visible lo que había en el interior. Igual ocurría en el segundo, pero los dos hombres, sin ninguna duda, penetraron en el interior del local, ensordecidos por la voz del locutor que, por la televisión, comentaba un combate de boxeo.

Apenas lanzaron una mirada a la pantalla del aparato. Por el contrario, escudriñaron los rostros de los que seguían atentamente los incidentes de la lucha.

El que buscaban no estaba entre ellos.

Avanzando un poco más, abriéndose paso entre las sordas protestas de los que se veían incomodados. Finalmente, al atravesar el muro de gente que rodeaba el televisor, vieron al hombre que, en un rincón, bebía plácidamente, con una sonrisa imperecedera en los labios.

Se acercaron..

El hombre de la mesa levantó la cabeza, mirando a los que se le aproximaban, pero su sonrisa no se borró de sus labios.

—¡Hola! —saludó uno de ellos.

—¡Hola! —repuso el de la mesa— ¿Les aburre el combate?

—Un poco.

—No es extraño… ¿Quieren un trago?

—¿Por qué no?

Se sentaron y el camarero llegó poco después. Sirvió lo que los dos desconocidos pidieron.

Hubo una pausa; luego uno de ellos dijo:

—Le estábamos buscando.

—¿A mí?

—Sí. ¿No es usted Franklin Bixby?

—El mismo.

—Tenemos algo importante que comunicarle. ¿Sabe que Roop dejó algo para usted?

—No comprendo…

—Sí. Evan estuvo en un local nuestro y dejó un paquete para usted con su nombre y su dirección. Hemos ido a su casa y nos han dicho que estaba usted aquí.

—¿Cómo me han reconocido? Yo no les he visto en mi vida.

El que llevaba la voz cantante sonrió.

—No ha sido difícil. El dueño de la pensión, ese calvo gafotas, nos lo describió bastante bien… «Vayan al bar de Perry, dijo, y fíjense en el hombre más sonriente que se encuentre allí: no se equivocarán, será el que buscan». Y no se equivocó.

La sonrisa de Bixby se amplió.

—Comprendo. Soy el hombre más feliz de la ciudad.

—Nos alegramos. ¿Tiene idea de lo que ha dejado Evan para usted? Parece ser muy importante.

—No tengo ni la menor idea; pero, de todos modos, iré a recoger lo que mi buen amigo me haya dejado.

Mentía.

A ninguno de los dos había escapado el brillo de la mirada de Franklin, como si diez luces se hubieran encendido, de golpe, en sus pupilas.

¿Sería posible?

Bixby no daba crédito a lo que acababa de oír. Porque no podía haber la menor duda de que «aquello» que Evan le había guardado era lo que tantas y tantas veces le había pedido.

Sin embargo…

¿Cómo explicar aquella alegría que le invadió desde…?

Se encogió de hombros.

¿Qué le importaba la manera de cómo había llegado aquello? Lo importante era poseerlo, ser el hombre más feliz de la ciudad o quizá de todo el mundo.

—¿Bebemos otro trago?

—No —repuso el hombre—. Debemos irnos. Nosotros tenemos trabajo, pero no quisimos que pasase hoy sin decirle lo que Roop le habla dejado.

—¡De acuerdo! ¿Vamos?

—Cuando quiera.

No consintió Bixby que pagasen los otros y liquidó la cuenta, cogiéndose familiarmente del brazo de los dos desconocidos. Momentos más tarde, se arrellanaba en el asiento posterior del coche, junto a uno de ellos.

El vehículo salió del barrio, adentrándose por la Sexta Avenida, hacia el norte de la ciudad.

Franklin charlaba por los codos, sin dejar de sonreír, y su compañero llegó a envidiar aquel estado de alegría, experimentando una rara sensación al pensar que aquél iba a ser el último paseo de Franklin Bixby.

Veinte minutos más tarde el coche se detenía en una zona desierta, donde había existido un barrio populoso, pero que ahora estaba destinada a convertirse en jardines, contribuyendo a formar el cinturón verde que debía rodear la ciudad.

—Es aquí, cerca.

Bajó del vehículo, sin que ninguna sospecha cruzase su mente. Y así, cuando uno de los hombres le golpeó sobre la cabeza, por detrás, no tuvo tiempo de defenderse.

Cayó hacia adelante, quedando inmóvil en el suelo.

—Regístrale y quítale todo lo que lleve encima, esa es la orden.

Obedeció el otro, desposeyendo a Franklin de todo lo que llevaba encima. Luego, con todo en la mano, se incorporó.

—Ya está.

—Bien. Quítate de en medio.

Lo hizo su compañero. Mientras, el que lo había ordenado, sacó una pistola dotada de un doble silenciador, y disparó dos veces contra la cabeza de Bixby, que estalló como una granada demasiado madura.

Los dos hombres se alejaron.

* * *

Callowan tamborileo la superficie lisa de la mesa de despacho.

—¿Conociste a este hombre?

—Sí. En el informe que usted ha debido leer le hablaba de este hombre que apareció cuando hablaba con el patrón de la pensión donde vivía Roop. ¿Cómo han conseguido identificarle?

—Por las huellas dactilares y los dientes. Se había hecho arreglar la dentadura hacía poco…, y encontramos el odontólogo que le había atendido. Porque sin esos dos detalles no hubiésemos podido reconocerle: tenía la cabeza hecha papilla.

—¿Por qué lo habrán matado?

—Eso querría saberlo yo, Harold. ¿No notaste nada raro en él?

—Nada; es decir, lo que puse en el informe: una alegría desbordante que me pareció un tanto anormal.

Callowan se encogió de hombros.

—Nadie mata a nadie por ser alegre, aunque sea anormal. A Franklin lo mataron por algo que se relacionaba con Evan.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque los médicos que le han hecho la autopsia han encontrado sus vísceras atacadas, «devoradas» dicen ellos, de la misma manera que ocurrió con Evan.

—¿Y un tipo al que algo se le come las tripas puede reír como Bixby? ¡No puedo creerlo!

—Ésa es otra cuestión. Ya te he dicho qué las lesiones de Franklin no eran tan intensas como las de su antiguo amigo, pero empezaban a tener una cierta importancia.

—¡Que me aspen si lo entiendo!

Callowan sonrió.

—Hay que seguir trabajando, amigo mío… Desde luego, y a pesar de que no sabemos absolutamente nada, podemos empezar a

pensar, sin temor a equivocarnos, que Evan poseía algo que le causó la muerte, y que Bixby contrajo el mismo mal cuando estuvo a su lado.

—¡Pero eso no explica la muerte de este último!

—Ya lo sé. Debe haber otra cosa, a menos que los asesinos no pertenezcan a una secta humanitaria que quiera impedir que esa horrible enfermedad se extienda por la Tierra.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso se trata de una enfermedad peligrosa?

—Eso es lo que piensan los médicos que han examinado los dos cadáveres.

—¿Y por qué habla usted de que no debe extenderse por la Tierra…?

—Porque no podemos tener duda alguna de que «eso», sea lo que sea, ha llegado de Marte. Evan lo contrajo allí, sin darse cuenta, y Franklin se infectó después.

—Pero usted, señor Callowan, recordará que hay algo común entre esos dos hombres.

—¿El qué?

—El buen humor, la euforia. Todos los que conocieron al camarero de la ruta Tierra-Marte lo dicen. Y yo vi personalmente la alegría patológica de Franklin.

—Puede que tengas razón. Ya leí en tu informe ese interesante detalle.

—¿Y qué dicen los médicos?

—Lo que yo: qué es posible que esa enfermedad posea una evolución que cause euforia y alegría, antes de desencadenarse los dolores que han ele aparecer cuando las entrañas empiezan a ser «devoradas».

—No me gusta esa palabra; nada.

—Ni a mí tampoco; pero es el efecto que han causado las lesiones a los doctores. Ya lo dicen: como si alguien les hubiese comido las vísceras.

—¿Y ese alguien?

Donald se encogió de hombros.

—Sé lo mismo que tú.

Hubo una pausa; luego el joven comentó:

—¿No habrá infectado a alguien más?

—No lo sé. Todos los médicos de la ciudad a los que se les ha dado, una versión limitada del asunto están sobre aviso. Y la policía está también sobre aviso —sonrió.— Lo lamento por los que se rían un poco fuerte en la calle.

—¿Cree que va a lograrse algo de esa manera?

—Puede ser; al menos ésa es la idea de los médicos. Dicen que pueden extraer trocitos de las vísceras de los sospechosos, hacer una biopsia, como ellos lo llaman. Y saber si los pacientes están afectos de la misma enfermedad.

—Todo eso está muy bien: pero…

Callowan le interrumpió.

—Ya sé lo que vas a decir. Eso no explicará la causa de la muerte de Franklin y por qué lo asesinaron a balazos. Aunque ese asunto puede muy bien no tener una relación directa con esa misteriosa enfermedad.

Harold enarcó las cejas.

—No lo creo… —sonrió— Ni usted tampoco.

También sonrió el jefe de la SIP.

Dijo:

—En realidad, muchacho, no tenemos nada que nos autorice a relacionar o a distinguir entre lo poco que sabemos, Pero, de todos modos, estoy convencido de que la respuesta a nuestras preguntas no está aquí, en Nueva York. Hay una personita a quien deseo que «ahondes» lo más posible. ¿Has oído hablar de Clara Spencer?

—No.

—Era la novia de Evan. Según me han dicho, una deliciosa muchachita, inocente y apacible: una esposa que le hubiera colmado de alegría sana, no de la clase de la que tenía. Tienes que verla.

—¿Dónde está?

—En Nouvelleville.

—¿En Marte?

—Sí.

—Está bien. ¿Cuándo he de salir para allá?

—Lo antes posible. Pero deseo recomendarte mucha atención.

—¿No ha dicho que es una buena chica?

Callowan dijo:

—Eso he dicho; pero, de todos modos, no hay que fiarse de

nadie. Este asunto es mucho más serio de lo que parece. Se trate de una grave enfermedad contagiosa o de lo que sea, la muerte de Franklin parece indicarnos que hay alguien que no desea que se conozca el asunto, quizá por instinto humanitario…, o porque desee controlar el mal para unos fines poco confesares.

—Entiendo.

—Comunícame todo lo que vayas sabiendo, y no te embarques en nada especial sin avisarme antes,

—Así lo haré.

—Bien. Ahora no tienes más que prepararte para salir hacia Marte. Irás en la misma nave en la que Evan servía como camarero; la «Blue Star». Así podrás hacer unas investigaciones a bordo, aunque no creo que obtengas nada, ya que la policía del espaciódromo de La Guardia trabajó bastante a los amigos del muerto.

—Haré lo que pueda.

Callowan le tendió la mano.

—¡Buena suerte, muchacho!

—Gracias, señor.

* * *

El hombre reía a carcajadas…

Harold, que había entrado momentos antes en el comedor de la astronave, se sorprendió, como todos los demás, de aquella risa que, a pesar de todo, sonaba terriblemente a falsa.

Dominando su extrañeza, el joven empezó a tomar los entremeses que acababan de servirle; pero, por encima del esfuerzo que estaba haciendo, aquella risa, aquella jovialidad hilarante le recordaba, sin que pudiese evitarlo, el aspecto de Franklin.

Y al pensar en las palabras que Donald había pronunciado, se estremeció, temiendo que lo que Callowan dijo no fuese ya una espantosa e irremediable realidad.

¿Era posible que aquella horrible enfermedad se hubiese extendido ya de aquel modo?

Observando a los dos hombres, se percató de que uno de ellos estaba tremendamente serio e instaba a su compañero a que abandonasen el comedor, ya que era visible que se encontraba

incómodo y avergonzado por la hilaridad de su amigo.

Pero el otro no le hacía caso.

Su rostro expresaba una felicidad indecible y la sonrisa que ornaba sus labios, cuando éstos no se abrían para dejar paso a una franca carcajada, demostraba la satisfacción íntima que le dominaba.

Sin perder de vista a los dos hombres, a los que miraba de reojo, Dean estaba pasando un mal rato. Hubiese querido advertir a aquel desgraciado del mal incurable que había adquirido, y orientar a los médicos hacia el lugar donde lo hubiese atrapado, permitiéndoles estudiar el caso y los otros que, probablemente, debían de existir en el mismo sitio.

Pero, a pesar de sus buenas intenciones, algo le retenía en la mesa, como si temiese dar un paso que le aproximase a aquel hombre que, sin ningún género de dudas, sería capaz de infectar cuanto se le aproximase.

¿Y no iba a ocurrir así?

El viaje duraba seis días, y en aquella semana, que iba a hacerse interminable, el «sonriente» entraría en contacto con multitud de objetos que la tripulación, el servicio y los mismos viajeros podrían tocar. Y el mal se esparcía, infectando la «Blue Star»…, si es que ya no lo estaba.

Porque si en aquella nave había viajado Evan Roop, ¿por qué no era posible que la infección partiese de aquel desdichado, cuyas entrañas habían sido devoradas por un mal misterioso?

Harold se agitó en su asiento.

Debía hacer algo, prevenir al comandante o llamar a Callowan, aunque esto último podía llevarle cierto tiempo.

Pero de la misma manera que aquellas ideas depresivas habían penetrado en su mente, se alejaron, dando paso a las que eran normales, a las suyas propias, a las de un agente de la SIP en servicio, en una misión peligrosa y difícil.

Y recordó que Franklin había sido muerto «a tiros»…, y que por algo había caído en los terrenos desiertos del norte de Nueva York, con la cabeza destrozada.

Si el mal misterioso estaba ligado a la muerte de Bixby, la cosa tomaba un cariz distinto. Además, según Callowan, los médicos no habían hablado nada del peligro al contagio y, si éste existía, debía

ser muy limitado, ya que no se conocieron más enfermos que Evan y Franklin.

Y ahora este hombre…

Dean levantó la cabeza y vio que el amigo del «risueño» había logrado convencerle y ambos abandonaban el comedor.

Sin dudarlo un segundo más, el joven los siguió, a prudente distancia, a través del largo pasillo central de la astronave. Luego, después de ver que el sereno hacía entrar en la cabina al otro, abandonándolo allí, le siguió, hasta ver que aquel hombre penetraba en el centro de comunicaciones del astro —cohete.

A través de las puertas de cristales, vio que redactaba un telegrama y entregaba el papel al empleado, hablando unos instantes y pagando luego. Harold se hizo a un lado, volviendo la espalda al desconocido, que pasó a su lado sin verle.

Después fue a la ventanilla y mostró su documentación de agente de la Spacial International Police.

—¿Qué desea? —inquirió el empleado, frunciendo el entrecejo.

—Ver el telegrama que le acaban de entregar.

El muchacho vaciló, tendiendo después el papel a Dean.

Este lo leyó:

Dirección Telegráfica 23 – 8475.

Nouvelleville.

Marte-sector ciudad.

Texto: Carl muy raro y creo que enfermo, a pesar de su aspecto excesivamente risueño. Enviad instrucciones hoy mismo. Saludos.

Lewis.

Devolvió la hoja.

—Estoy en el camarote 777 —dijo—. En cuanto se reciba la respuesta, envíemela antes de entregarla al destinatario. Y no olvide que, fuera de el comandante de la astronave, no puede decir nada a nadie respecto a mí. A menos que quiera buscarse un disgusto de los gordos.

El otro palideció.

—Pierda cuidado, señor: seguiré sus instrucciones.

—Está bien.

Capítulo 


A contestación al cable enviado por el amigo del «risueño» —¿de qué otra manera llamarle?— llegó tres horas después.
En su cabina, la 777, Harold había pasado aquellas tres horas reflexionando «a toda presión». Y cada vez que reflexionaba sobre el asunto que le habían encargado, lograba una visión menos clara de ello. Era como si al adentrarse en el problema descubriese que la negrura, la densidad de las tinieblas aumentase cada vez más.

Lo que más le costaba admitir era que existiese una relación entre la enfermedad —de alguna forma había que llamarla— y la muerte violenta de Franklin. Era evidente que, sobre este punto, Donald tenía toda la razón al afirmar que nadie mata a nadie porque éste esté contento, a no ser que la alegría de la victima esté en relación con algo pasado antes.

La muerte de Bixby seguía sin explicarse. Todos los antecedentes que se habían recogido sobre aquel hombre demostraban que jamás había tenido relaciones con personas situadas al margen de la ley. Había vivido como tantos millones de seres, sin llamar la atención…, y había muerto como si hubiese cometido algo terrible.

Cuando la puerta se abrió, el agente tuvo la sorpresa de ver

entrar al comandante de la nave.

Llevaba un papel en la mano.

El hombre sonrió y tomó asiento, a un gesto de invitación que le hizo Harold.

—No sabía que teníamos un agente de la SIP a bordo —dijo.

—Hasta ahora —repuso Dean—, no había motivo alguno para hacérselo saber.

—Lo comprendo. ¿Ocurre algo malo?

—Nada, en absoluto. ¿Es ésa la respuesta enviada por uno de los pasajeros?

—Sí. Aquí la tiene.

Dean cogió el papel, no sin experimentar una emoción que supo disimular muy bien.

Después leyó:

Marte-sector ciudad a «Blue Star.

Recibido en vuelo.

Coordenadas 34 — 78 — 89. 17 horas, meridiano del Sistema.

Texto: Cuídale al máximo y obra como con nuestro amigo, el pariente del viejo Roop. Deseo que, al llegar a ésta, puedas comunicarme que todo ha ido bien. Esperando darte muchísimos saludos, recibe un abrazo de

V. D.

Lo releyó varias veces; después, tendiéndoselo al comandante, dijo:

—Puede hacer que lo entreguen a su destinatario, señor.

—Así lo haré.

—¿Qué camarotes ocupan esos dos señores?

El comandante preguntó:

—¿Se refiere usted al que envió el cable y a su amigo?

—Sí.

—El del telegrama ocupa el 224, y el otro, el 225, segundo puente.

—Muchas gracias.

—¿No necesita nada más? Comprenderá que estamos a la disposición de la Spacial International Police para todo lo que necesite.

—Muy agradecido.

El comandante salió, y Dean encendió un nuevo cigarrillo.

Recordando el texto del cable, hizo esfuerzos por entender el sentido oculto que, sin duda alguna, tenía aquel mensaje. La aparición del nombre de Roop había sido una verdadera revelación, como si un poco, muy poco, de claridad se hiciese en lo negro de aquel problema.

Debía existir un hilo conductor que iba desde Roop a Franklin y que unía estos dos personajes con los dos que regresaban a Marte y el hombre que firmaba «V. D.»

«Obra como con nuestro amigo, el pariente de Roop…»

¿Qué pariente?

No llegó a conseguir explicarse aquello; pero, de todas formas juzgó que lo mejor sería vigilar a los dos hombres, sobre todo al que se firmó Lewis, y que acababa de recibir instrucciones precisas.

Pensativo, abandonó el camarote y bajó al segundo puente. Algunos viajeros circulaban tranquilamente por allí, dirigiéndose a la sala de espectáculos de uno de los bares de a bordo.

Llegaba al final del pasillo cuando vio aparecer a Lewis que, con el telegrama en la mano, avanzaba con el entrecejo fruncido.

Dean se hizo a un lado, simulando enfrascarse con el encendedor. El otro pasó junto a él, penetrando en su cabina.

La expresión del rostro de Lewis no podía ser más preocupada, y Dean pensó en que las noticias recibidas le habían sentado mal.

¿Por qué?

Instantes después oyó la puerta de la cabina que se abría y vio, mientras andaba con disimulo, que Lewis penetraba en el camarote de su amigo. Cuando la puerta se cerró, Harold, sin dudarlo, se acercó a ella, colocándose lo suficientemente cerca como para oír lo que pasase dentro.

Pero no oyó nada.

Las puertas estaban acolchadas, para evitar la vibración de la nave y era imposible oír a través de ninguna de ellas.

Se alejó furioso.

Una vez en el bar, desde donde era posible vigilar el pasillo, pidió un «whisky», que bebió poco a poco, sin dejar de reflexionar. Como tantas otras veces que había trabajado a las órdenes directas de Callowan, se sentía desamparado, solo, perdido en una especie

de enorme tela de araña que, envolviéndole por completo, le impedía conocer el mejor camino a seguir.

Era como si fuese a tientas, en medio de un corredor oscuro, lleno de ruidos extraños que tuviese que interpretar por intuición, sabiendo que uno de ellos, sentido demasiado tarde, podía ser el del disparo que llevase una bala a su corazón.

Sonrió.

¿No había elegido aquella profesión precisamente por la emoción que dispensaba?

La aparición de Lewis, que salía de la cabina de su amigo, le hizo olvidar todo lo demás. Vio perfectamente que el hombre cerraba la puerta con llave y se alejaba hacia el otro extremo del pasillo.

Pagó su consumición y tornó el camino que llevaba al primer puente, dirigiéndose directamente a los departamentos del comandante. Éste le recibió, como siempre, sonriente.

Pero no podía engañar al agente, ya que bajo aquella expresión de amabilidad se escondía la natural preocupación de todo jefe de nave que sabía que algo raro pasaba a bordo del astrocohete que mandaba.

—Vengo a pedirle una llave para el camarote 225.

El otro frunció el entrecejo.

—Bien. Voy a dársela. ¿Ha ocurrido algo malo?

—No lo sé. También desearía que llamasen al ocupante de la 224 y le entretuviesen mientras realizo un registro. No me gustaría ser sorprendido por él cuando esté dentro de la otra cabina.

—¿Y qué dirá el ocupante de la 225?

—Nada. Le diré que me he equivocado y que perdone. Además, creo que está enfermo…

—Haré lo que me dice. Voy a llamar al otro por los altavoces y le haré algunas preguntas sin importancia sobre… por ejemplo, su equipaje. ¿Cuánto tiempo necesita que lo entretenga?

—Diez minutos.

—Está bien.

Dean cogió la llave y abandonó el despacho del comandante. Dirigiéndose al bar donde había estado antes, pidió un nuevo vaso, esperando que los altavoces llamasen al hombre del telegrama.

Cuando el nombre de aquel tipo resonó por todas partes, el

agente se enteró de que se llamaba Lewis Cameron. Esperó unos minutos más, encaminándose después hacia la 225, cuya puerta abrió, rápidamente, penetrando en la estancia y cerrando la puerta tras él.

El camarote estaba completamente a oscuras.

Nada ocurrió, y un silencio profundo demostró al agente que el otro debía estar dormido. Conociendo la situación del interruptor, ya que era igual, en todos los camarotes, alargó la mano y encendió la luz.

¡Allí estaba el otro!

Aunque era imposible reconocer su sonrisa, ya que la cabeza estaba completamente destrozada, de la misma manera que la de Franklin Bixby.

Le habían disparado a quemarropa, volándole el cerebro. Y aunque el asesino había ordenado un tanto las cosas, el aspecto del muerto no podía ser más desagradable.

«Cuídale al máximo y obra como con nuestro amigo…»

¡Qué claras aparecían ahora aquellas palabras!

El pariente de Roop no era otro que el pobre Franklin, que había sido ejecutado de la misma manera que este tipo que, poco antes, reía, feliz, de una muñera que expresaba una rara… y mortal alegría.

Sacando un estuche del bolsillo de su chaqueta y poniéndose unos guantes, Dean posó los dedos del muerto sobre la superficie plateada, de una placa, envolviéndola después con sumo cuidado y volviéndola a guardar en el estuche. No es que tuviese mucha esperanza en aquellas huellas, pero no podía dejar escapar una oportunidad, por pequeña que fuese.

Abandonó la cabina y fue a la suya, desde donde hizo saber al ayudante del comandante que ya había terminado. Así sabía que Lewis sería liberado sin que sospechase nada.

Por un momento pensó que lo mejor hubiese sido detener a Lewis y hacerle declarar; pero, reflexionando mejor, se dijo que el hombre constituía la única pista que podría conducir hasta la cabeza de aquella misteriosa organización, y que mejor valdría dejarle en libertad, siguiéndole, sin perderle de vista, cuando llegasen a Marte.

Media hora después estaba ante el comandante.

—El viajero de la 225 —dijo, yendo directamente al grano— ha sido asesinado.

—¿Eh?

Era divertido ver la expresión de horror que habrá aparecido en el rostro del comandante del «Blue Star». Su responsabilidad personal y el buen nombre de la Compañía estaban profundamente en peligro.

—¿Quién… lo ha matado? —inquirió, después de una pausa angustiosa.

—Su compañero.

—¡Es espantoso! Va usted a detenerlo, ¿verdad?

—No.

—¿En? ¿He oído bien?

—Perfectamente. Me hago responsable de todo y voy a hacer un atestado en el que se explicará detenidamente todo lo ocurrido. El jefe de la SIP arreglará todo lo que pueda considerarse como problema. Con el documento que le firmaré, su responsabilidad estará completamente a salvo.

—Muchas gracias, señor.

Dean hizo lo que había prometido, y el comandante se tranquilizó al leer el documento.

—Nadie debe tocar ese camarote-dijo el agente —. Al criminal le interesa que no se descubra su asesinato y hará lo posible para que nadie se de cuenta. Pedirá comida, como si su amigo estuviese enfermo y la irá dejando en la cabina. Cuando lleguemos a Marte, usted esperará que hayamos desembarcado. Sólo entonces, con este documento, llamará a la policía local y se seguirán los trámites de costumbre, dándose la correspondiente alarma a la prensa, radio y otros medios de difusión. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—En ese momento, cuando se sepa que se ha descubierto un cadáver en la «Blue Star», el asesino se habrá escondido convenientemente…, pero yo estaré a su lado.

—Entendido, señor.

* * *

Dean no dejó de vigilar a Lewis durante el resto de la travesía. Como el agente había previsto, el hombre hizo creer a los demás que su amigo estaba enfermo, encargándose personalmente de

llevarle la comida al camarote y negándose a que el médico interviniese, manifestando que lo que su amigo tenía no era grave.

Harold supo que el muerto se había hecho inscribir bajo el nombre de Carl Fonder, que probablemente no era el suyo. Tampoco perdió el agente el tiempo, enviando una foto de la placa por televisión en clave, al departamento de identificación de la SIP, que, a su vez haciendo funcionar los archivos electrónicos de todo el Sistema, no tardó en enviar un mensaje, igualmente cifrado, al agente, quien lo recibió un día antes de que la nave llegase a Marte.

Carl Fonder, nombre falso., como otros muchos, corresponde a Philip Stone, con antecedentes por chantaje y comercio de drogas en los Estados Unidos. Salió para Marte hace un par de años, contratado por una empresa de Alimentación y derivados, la Shuldes y Compañía. No se han conocido actividades posteriores a su salida de la Tierra, aunque se sospecha que siga un tanto al margen de la Ley.

Acostumbra ir armado, aunque no se le conoce por el momento ninguna actividad criminal…

Era suficiente.

Ahora se daba cuenta Harold de que se hallaba ante dos simples peones de alguien que jugaba con ellos, lejos de las bajas, actividades a que aquellos dos hombres estaban acostumbrados.

Desde luego, seguía sin comprender lo que la misteriosa enfermedad tenía que ver con todo aquello; pero, por el momento, le bastaba poseer una pista, ya que, si seguía a Lewis, podría llegar a un sitio donde algunas verdades interesantes saliesen a la luz del día.

Cuando la nave llegó al espaciódromo de Nouvelleville, el joven se dispuso a no perder de vista a Lewis. El hombre, después de una última visita a la cabina donde estaba el muerto, abandonó el astro—cohete.

Harold le vio llamar un taxi e hizo lo mismo, dando al chófer la orden de no perder de vista el vehículo que les precedía.

El coche en el que iba Lewis se detuvo, en el centro de la ciudad. El hombre descendió y penetró en un bar desde donde llamó por teléfono. Luego volvió al coche y dio una nueva dirección.

Siguiendo al otro, el taxi de Harold atravesó la ciudad, saliendo hacia el extrarradio y siguiendo una serie de avenidas, bordeadas de

árboles, entre los que, de vez en cuando, se veía una construcción de placer, donde los hombres de negocio de Nouvelleville solían pasar sus fines de semana.

Gracias a una circulación relativamente densa, el taxista de Harold pudo mantenerse bastante cerca del otro coche. Así, sin dejar de vigilar el vehículo, Dean iba asomado ligeramente a la ventanilla.

—¡Frene rápido!

Obedeció el chófer.

—¡Tírese al suelo! —rugió el agente, al tiempo que él mismo lo hacía.

Había visto el otro coche y la mano que lanzó el objeto por la ventanilla abierta, del taxi donde iba Lewis.

Lo demás fue un razonamiento hecho a toda velocidad.

Y, en efecto, instantes después, una explosión ensordecedora sacudió el coche, haciendo añicos todos los cristales. Fue como un soplido gigantesco, lanzado por un quimérico monstruo de dimensiones colosales.

Pasada la deflagración. Harold oyó lamentos y se incorporó, viendo que algunos de los ocupantes de los vehículos vecinos estaban heridos y que los coches, así como la calle, ofrecían un lamentable aspecto.

Saltando del suyo, avanzó hacia el sitio donde había estado el taxi de Lewis.

Una mancha negruzca y de bordes brillantes manchaba al asfalto, que apenas había sido destruido. En cuanto al vehículo, había desaparecido por completo, así como los árboles vecinos, que parecían haberse volatizado, dejando unos troncos cercenados y pelados, sin el menor trazo de piel.

Nitroglicerina.

No habían querido fallar y lo habían logrado plenamente.

Harold volvió hacia el vehículo. Un par de ambulancias llegaban en aquel momento, así como algunos coches-patrulla de la policía de Marte.

El conductor de su taxi, que se había incorporado, le miraba con horror y desconfianza.

Acercándose a él, Harold le enseñó su tarjeta de la Spacial International Police.

—No digas nada, muchacho. Así evitarás líos.

El otro sonrió.

—Comprendo; Además, de no haber sido por usted, lo hubiese pasado mal. ¿Cómo diablos se dio cuenta de lo que iba a ocurrir?

—Costumbre. ¿Me llevas a la ciudad?

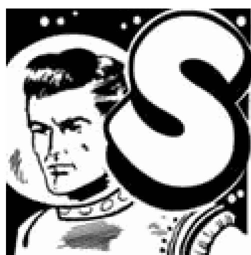
—Encantado. ¿Dónde quiere ir?

—A un buen hotel: el mejor. ¡Paga el Servicio!

—Le dejaré en el «Cosmic». No hay nada igual en todo el planeta.

—¡Pues en marcha!

Capítulo IV

EGUÍA sin noticias de Callowan. Dos mensajes que envió fueron contestados por el Servicio, pero sin que Donald los firmase, como solía hacerlo.

Aquello obligaba a Harold a tomar las decisiones por sí mismo. Desde luego su misión concreta era la de visitar a la novia de Roop; pero, de todos modos, hubiese deseado conocer la opinión de su jefe sobre los últimos acontecimientos que se habían producido.

Porque las dos muertes, la de la astronave y la eliminación brutal de Lewis, después de que éste cumpliese las órdenes recibidas desde Marte, tenían que dar al asunto un nuevo cariz, que Callowan hubiera podido interpretar de alguna manera positiva.

Tampoco logró nada el agente cuando hizo una investigación rutinaria en los servicios telegráficos del planeta. En efecto, los «apartados» eran utilizados sin necesidad de hacer conocer su personalidad, con sólo satisfacer una cantidad por el alquiler, que se daba de baja automáticamente, si no se repetía el pago.

¡Malditas facilidades de la administración de los servicios públicos!

El que envió y recibió el mensaje de Lewis era tan desconocido como antes y, naturalmente, no cometería el error de volver a

alquilar aquel apartado.

Había demostrado no ser tonto.

Porque la muerte de Lewis indicaba, con una claridad meridiana, que su autor no quería ninguna clase de complicación, y que prefería eliminar a un hombre antes de que pudiera servir de pista a la Policía. Aunque era evidente que «él» ignorase que Harold conocía la existencia de Lewis Cameron.

Pero, por si acaso…, la bomba habla destrozado lo única pista existente, acabando con un testigo que, utilizado antes, podía haber dado resultados capaces de orientar hacia la verdad.

¡Qué estúpido había sido!

Al día siguiente, después de cambiarse de traje, tomó un vehículo y se hizo conducir a las oficinas de lo compañía donde trabajaba la muchacha.

No se sorprendió al ver que se trataba de la «Shulder» la casa que el informe de Washington había mencionado, ya que se lo esperaba.

No consiguió penetrar en las oficinas, teniendo que esperar en una elegante salita, en la que, cinco minutos más tarde, penetraba una joven.

Era alta, rubia, esbelta, con unos grandes y hermosos ojos azules. Iba elegantemente vestida y poseía una personalidad y una distinción evidentes.

Dean se había puesto en pie, pero ella, con una sonrisa graciosa, le invitó a sentarse de nuevo, haciendo lo propio, en un sillón vecino.

—Usted dirá, señor…

—Me llamo Dean, señorita Spencer, y vengo a hablarle de Evan Roop.

Ella parpadeó y la sonrisa perdió todo su encanto,

—¡Pobre Evan! —susurró con una voz encantadora.

—¿Cuándo le comunicaron lo ocurrido y quién lo hizo?

—Poco después, de la desgracia. Fue el patrón de su hotel quien me envió un cable.

Ante la palabra «hotel», y comparándola con la sórdida realidad de la pensión misérrima en la que había vivido Evan, Harold tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—¿Qué proyectos tenían?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Pensaban casarse? —dijo el agente, dando una nueva versión a su pregunta de antes.

—¡Naturalmente! —respondió ella con viveza— Evan y yo nos queríamos y, de no haber sido por la desgracia que le ocurrió, estaríamos ya casados.

—¿Sabe de qué murió?

—No, aunque supongo que sería de algo de corazón.

—No. Su prometido falleció de resultas de una enfermedad contagiosa que debió coger aquí, en Marte.

Notó que ella se estremecía.

—¿Una enfermedad… contagiosa? —Luego, dominándose—: ¡Es imposible! Evan era un hombre fuerte y sano.

—Puede creerme, pero eso no tiene más que una relativa importancia. Lo que interesa es que me cuente qué hacía él cuando estaba aquí, quiénes eran sus amigos, cómo vivía y se divertía.

Sonrió la muchacha.

—Se nota a una legua que es usted de la policía…

—¿Por qué?

—Por la cantidad de preguntas que hace. Voy a contestarle a todas con una respuesta global: Evan llegaba aquí, me llamaba por visófono, quedábamos para la tarde, o pedía un permiso de un par de días y me dedicaba a hacerle compañía. ¿Satisfecho?

—En parte. ¿Dónde solían ir ustedes?

Ella se sonrojó, pero, volviendo a dominarse velozmente, contestó:

—Íbamos por muchos sitios, visitábamos los alrededores, nos divertíamos en espectáculos públicos…

—¿Le presentó alguna vez algún amigo?

—Muchísimos. Evan tenía eso: se hacía enseguida con todo el mundo y era querido y apreciado por todos.

—Sobre todo en los últimos tiempos, ¿no es así?

Notó que su impacto había dado de lleno en el blanco; pero, en contra de lo que esperaba, la muchacha repuso:

—No sé lo que quiere usted decir.

—¿No notó en los últimos tiempos que Evan era… digámoslo así, un poco demasiado jovial y alegre?

—Yo siempre le conocí de la misma manera.

Harold se percató, sin necesidad de ser psicólogo, de que ella le mentía. Y aquella actitud de la muchacha, le hizo fruncir el entrecejo. Había pensado, hasta aquel preciso instante, que la joven era sincera. Y al comprobar que se había equivocado, sintió como una amargura, como una decepción desagradable que se apoderaba de él.

—Perdone —dijo, indicando que ya la había molestado bastante —. Le quedo muy agradecido por todo lo que me ha dicho y lamento que mi visita haya despertado en usted nostalgias que, por desgracia, no está en mi mano remediar…

Ella le estrechó la mano, con una presión cálida en los dedos.

Una vez fuera del edificio, Dean se preguntó si había conseguido algo efectivo.

Y tuvo que confesarse que no había logrado nada El que la mujer le hubiese mentido, al decir que no había notado nada en el cambio de humor de Evan era la única cosa positiva que había sacado de la entrevista; pero ¿qué importancia real podía tener aquello?

Debía averiguarlo.

Por eso después de informarse de la hora de salida de las oficinas de la «Shulder», regresó al hotel, tomó algunas notas, tras preguntar si había algún mensaje que hubiese llegado para él.

Y esperó.

Poco después de las cinco —los oficinistas y empleados de la «Shulder» abandonaban su trabajo a las cinco y media—, vio por la ventana de su habitación que estaba empezando a llover. Tomó su gabardina y se puso un sombrero impermeable.

Luego salió y tomó un autobús que le dejó cerca del edificio donde Clara Spencer trabajaba.

La vio salir, poco antes de la media, dirigiéndose calle abajo, junto a las fachadas, quizá para protegerse de la lluvia, que el viento lanzaba en ráfagas molestas contra los transeúntes. Poco después, la muchacha entraba en un bar, yendo directamente a la cabina telefónica, donde permaneció largo rato.

Salió luego y tomó un taxi. El agente la imitó.

En un principio creyó que el vehículo que precedía al suyo iba a tomar la dirección norte de la ciudad, pero el taxi cambió de dirección, yendo hacia el este, el barrio más elegante de

Nouvelleville, donde se detuvo ante un edificio aislado.

Pagó la joven el taxi y atravesó la verja del jardín, desapareciendo poco después por la entrada principal.

Dean abandonó también el coche.

Estuvo dos horas paseando por delante de la casa, procurando no ser visto desde las ventanas de la misma. Pero, como nudo comprobar, todas ellas estaban cerradas y nadie se asomó a ninguna para fisgonear quién andaba por la calle.

La noche se echó encima.

¿Qué diablos podía estar haciendo Clara en aquella casa que, indudablemente, no era la suya?

¿Habla encontrado un nuevo amor, mucho más interesante, desde el punto de vista social, que el del desaparecido Evan?

Todo era posible.

Pero él estaba dispuesto a esperar cuanto fuese, hasta saber qué era lo que había detrás de aquella gris fachada, que algunos árboles ocultaban parcialmente.

La oscuridad de la noche le envolvió, al tiempo que algunas luces, muy pocas, se encendían en la avenida. Le fastidió, pero tuvo que admitir que aquellos barrios de construcción reciente no habían recibido aún una normalización que necesitaban. Justamente, para su mala suerte, las dos farolas más cercanas dejaban gran parte de la fachada de la casa vigilada en una oscuridad completa. Y como, por otra parte, las ventanas de aquélla seguían cerradas, la negrura pareció tragarse el edificio.

Movido por la curiosidad y la impaciencia al mismo tiempo, se decidió a cruzar la calle, acercándose a la puerta de la verja por la que, mucho antes, había entrado la joven. Y fue al hacerlo y antes de que pudiese evitarlo, cuando sintió sobre su espalda una presión sobre la que no podía caber la menor duda, al tiempo que una voz seca le decía, con tono autoritario:

—¡Levanta las manos, amiguito!

Obedeció.

Sobre todo porque se había dado cuenta, de un modo intuitivo, que había más de un hombre a su lado. O quizá fue por la costumbre a la oscuridad que había adquirido al permanecer tanto tiempo en ella.

Manos acostumbradas a hacerlo le registraron, quitándole la

pistola que llevaba, así como la cartera y el estuche toma huellas. Después, aumentó la presión del cañón del arma sobre la espalda.

—¡Adelante! —gruñó la misma voz de antes.

Sintió que alguien abría la verja ante él y siguió, obediente, el camino que la presión del arma le señalaba. Bajo sus pies, la grava del jardín gimió durante unos pasos; luego, la advertencia:

—¡Cuidado, un escalón!

Llegó hasta él.

Otra puerta se abrió, siempre en la misma oscuridad y nuevas advertencias para que subiese otra escalera, ésta cubierta por una gruesa y mullida alfombra.

La negrura seguía envolviéndole.

Hasta que, cuando atravesaba otra puerta, unas manos fuertes le sujetaron los brazos, algo chocó contra su rostro y, a pesar de los esfuerzos que hizo, sintió que se hundía en una inconsciencia irremediable.

* * *

Al abrir los ojos, la misma oscuridad de siempre le envolvía; pero ahora, por el contrario, podía tener ciertas seguridades de su posición, ya que se dio cuenta inmediatamente de que estaba atado a una silla o un sillón, mejor dicho, puesto que sus brazos estaban también unidos fuertemente a los del mueble.

Prefería no pensar en lo estúpido que había sido al dejarse atrapar de aquella manera. Lo importante para él era saber que se hallaba sobre una buena-pista y que si podía escapar, tarde o temprano, de las manos de sus Enemigos, podría proporcionar a Callowan los informes necesarios para que el jefe de la SIP actuase con rapidez y efectividad.

Permaneció un cierto tiempo en aquella forzada postura, dándose cuenta de que eran completamente infructuosos los esfuerzos que hizo para aflojar la presión que ejercían sobre su cuerpo las ligaduras.

De repente, un foco de luz se encendió a menos de tres metros de su rostro, obligándole a cerrar sus ojos. Al mismo tiempo, un altavoz, muy cerca de su cabeza, susurró:

—Vas a decirnos todo lo que sepas, amigo Dean… ¡Todo!

Comprendió que se trataba de influirle, de la manera, clásica, con el foco de luz, cuyo calor empezaba a sentir. Sonrió al pensar que aquellos procedimientos iban a servir de muy poco a sus enemigos.

Pero se equivocaba.

Porque, a los pocos segundos, media docena de altavoces, todos ellos colocados muy cerca de él, le ensordecieron con sus agudos gritos.

Fue como el alguien se entretuviese en agujerearle los tímpanos con un berbiquí.

Al mismo tiempo, el calor del foco, que seguía sin ver, ya que tenía los ojos cerrados, aumentó de una manera sofocante. Notaba las bombillas que se iban encendiendo, pero también pensó que era probable que estuviesen aumentando a voluntad la intensidad de una única lámpara.

Era una tortura agónica.

Cuando, cinco minutos más tarde, los altavoces callaron y la luz se apagó, le pareció como si la cabeza le diese vueltas. Le escocía la piel del rostro, como si la hubiera expuesto a los rayos del sol.

La voz del primer altavoz volvió a musitar, con voz agradable:

—Vas a decírnoslo todo, Dean… De nada te servirá resistir, porque te volverás loco.

Otra vez le inundó el calor y los megáfonos le ensordecieron.

Sus nervios fueron cediendo hoco a poco y clavó las uñas en los brazos del sillón, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

Le dolía la cabeza y tenía la piel de la cara ardiente.

Su voluntad empezó a ceder.

Porque, en contra de lo que parecería lógico, eran mucho peores los instantes en que la luz y los altavoces cesaban. Entonces, un vahído se apoderaba de él, al choque del silencio que resultó ser más horroroso que la misma tortura,

—Dinos todo, Dean —repetía la voz acaricia-lora del megáfono.

Y terminó, sin poderlo evitar, hablando, contestando dócilmente a cuantas preguntas le iba haciendo el megáfono.

Lo dijo todo.

Bus nervios, en tensión, fueron incapaces de detener su lengua,

¡Todo antes de volver a oír aquel ensordecedor estrépito y sentir la quemazón sobre el rostro!

* * *

Se despertó.

Tenía el cuerpo empapado en sudor y se movió para ver si le habían aflojado las ligaduras.

No estaba atado.

Por unos instantes, mientras apenas se atrevía a moverse, hizo un poderoso esfuerzo de memoria, recordando fielmente cuanto había ocurrido.

Luego extendió las manos.

Estaba en un lecho y buscó la luz, con poca esperanza, de encontrarla. Así, cuando sus dedos tropezaron con el interruptor, reconoció, antes de que la claridad se hiciese… ¡que estaba en su habitación del hotel «Cosmic»!

Era imposible.

Sin embargo, tuvo que convencerse, notando también que no le dolía la cabeza y que se sentía perfectamente bien. Levantándose de un salto, fue hacia el espejo, seguro de que iba a ver las huellas de la «insolación» producida por los reflectores.

Su piel estaba completamente normal.

Nervioso, se precipitó sobre el teléfono, poniéndose en comunicación con la conserjería.

—¿Quiere decirme por favor, qué hora es?

—Las ocho de la mañana, señor.

—¿Recuerda a qué hora volví, señor.

—Voy a preguntarlo a puerta, señor.

Y al cabo de unos instantes le contestaron:

—Regresó usted a las siete de la tarde, señor; cenó en su habitación y no ha vuelto a salir de ella.

—Gracias…

Volvió ante el espejo y se miró.

¡Nada!

Ni la menor huella de aquella tortura de la noche anterior. Haciendo memoria, recordó que había seguido a la muchacha desde el edificio de la «Shulders» y que había permanecido ante la casa del barrio Oeste hasta bien entrada la noche, antes de ser estúpidamente atrapado por aquellos desconocidos.

¡Pero el conserje había afirmado que volvió a las siete!

Sentándose en el borde del lecho, intentó ordenar sus ideas, pero no consiguió más que ponerse de mal humor.

¿Sería posible que todo aquello no fuese más que una pesadilla?

No estaba de acuerdo.

Finalmente, con una idea concreta, en la que sin embargo no confiaba mucho, fue a la Comisaría general, de la que salió media hora después con las uñas cortadas al rape.

Capítulo V

L legar al hotel, el conserje, amable como siempre, le hizo un gesto.

—¡Buenos días, Señor Dean! Una señorita está esperándole hace un rato,

—¿Dónde está?

—En el saloncito de la izquierda.

—Gracias.

Se dirigió al saloncito, sorprendiéndose al ver que la visitante no era otra que Clara Spencer.

Estaba más bonita que nunca, un traje sastre realzaba su belleza juvenil y llevaba un sombrerito de graciosa forma, picarescamente inclinado hacia un lado.

Ella le tendió la mano, que él estrechó sin mucho entusiasmo; luego, sentándose frente a la muchacha, encendió un cigarrillo.

De buena gana hubiese empezado a hablar él, diciéndole todas las cosas que tenía reservadas para ella; pero, prudente, esperó que Clara rompiese el silencio que se habla hecho entre ambos.

—Ayer le mentí, señor Dean —dijo.

—¿Sí? —inquirió él con una sonrisa burlona.

Ella se mordió los labios; después se decidió:

—Verá usted… ya estaba cansada de las visitas de la policía y me había acostumbrado a contestar siempre lo mismo. Pero, reflexionando, esta noche he llegado a la conclusión de que tenía que decir la verdad. Claro es que antes he consultado con el señor Leuteriz…

—¿Quién es?

—El dueño de la «Shulder». Después de explicarle lo que deseaba hacer, me ha dado permiso para venir.

—Bien. ¿De qué se trata?

—¿De Evan.

—¿Algo nuevo…?

—Sí. Evan hizo una cosa mala antes de irse, aprovechándose de la libertad que yo le había otorgado para estar en mi oficina: robo una gran cantidad en la caja fuerte que tengo en mi despacho.

—¿Cuánto se llevó?

—Doscientos mil dólares.

—¿Qué ocurrió después?

—Intervine, junto a mi jefe, para que el asunto no se hiciese público. Yo seguía queriéndole y estaba casi segura de que iba a devolver el dinero. Le escribí y me aseguró, agradeciéndome lo que había hecho por él, que volvería a Marte y devolvería lo sustraído. —

—Y no lo hizo.

—No, porque murió. Pero debía de estar en relación con gente maleante, ya que el dinero ha desaparecido.

—Eso puede explicar algunas cosas.

Y así era en efecto.

Fuera de la enfermedad, que quedaba completamente al margen, la muerte de Evan y sobre todo la de Franklin, que debió de quedarse con el dinero, se hacía más clara. También el hecho de que dos tipos fichados, Lewis y Carl, interviniesen en el asunto quedaba parcialmente explicado.

Aunque, naturalmente, él no creía una sola palabra de lo que la muchacha acababa de decir.

—¿No me cree? —inquirió ella, como si hubiese leído su pensamiento.

—No es eso —repuso él—, pero quería hacerle algunas preguntas.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, ¿qué hizo ayer tarde al abandonar el trabajo?

—Fui a la peluquería.

—¿Dónde?

—Tres manzanas más abajo del edificio donde trabajo.

—¿No fue… a otro sitio?

—No. Entró en la peluquería, «chez Harris», así se llama, a las siete menos cuarto, aproximadamente. Y salí de allí, había muchas clientes, a eso de las diez… Puede comprobarlo cuando desee.

Harold sonrió.

—¿Conoce a alguien en el barrio nuevo, en la Space Avenida?

—No, a nadie.

—¿Sabe qué voy a ir a ver a su jefe y después a la peluquería?

—Lo primero lo deseo con toda mi alma, ya que ha sido el mismo señor Leuteriz quien me ha rogado que pase por su despacho. En cambio a lo segundo, puede hacerlo cuando desee, aunque me gustaría saber por qué duda de mí.

—Deformación profesional, señorita.

Salieron juntos y él hizo que el taxi se detuviese un instante ante la célebre peluquería francesa.

—Espere un momento —dijo.

—Lo que usted quiera —sonrió ella.

Le recibió el propio Harris, deformación francesa de «Harry».

—¿Puede decirnos si la señorita Clara Spencer les ha visitado últimamente?

—Voy a consultar el libro.

Y poco después:.

—Aquí está, señor… Estuvo ayer tarde.

—¿Cuánto tiempo?

—Aquí dice que Philips la atendió desde las siete de la tarde hasta cerca de las diez.

—Muchas gracias.

Volvió al taxi con el entrecejo fruncido.

—¿Satisfecho? —sonrió ella.

—Por completo.

Minutos después se detenían ante el edificio de la «Shulder». La joven le condujo por pasillos y ascensores hasta dejarle junto a la puerta del despacho del director.

Howard Leuteriz era un hombre alto, bien parecido, con las sienes canosas y un bigotillo, también blanquecino, sobre una piel curtida por el sol. Daba impresión de potencia y su amplia frente le hacía parecer más intelectual que hombre de negocios.

Obsequió a su visitante con un habano y le sirvió personalmente una copa de excelente coñac francés.

—Clara me ha hablado de su visita, explicándome después que debía ser usted de la Spacial International Police. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—Ya comprenderá usted que hemos sido importunados, en estos últimos tiempos, por la policía local. Estábamos un poco cansados y ésa es la explicación de que nuestras respuestas se hubiesen estereotipado un tanto. Cuando Clara me habló de usted, me di cuenta de que se trataba de algo más importante y le ordené que fuese a decirle la verdad.

—¿Por qué ha ocultado el robo a la policía?

—Por Clara. Ella me dijo que no lo hiciese… y así lo he hecho.

—¿Y el dinero?

—En un principio confiábamos en que Roop lo devolviese; pero después, cuando conocimos su muerte, hablé sinceramente con la señorita Spencer y llegamos a un acuerdo.

—¿A qué clase de acuerdo, señor?

—Completamente de régimen interno. La señorita Spencer reintegrará, poco a poco, la cantidad que su prometido sustrajo de la caja de su despacho.

—¿Cómo había tanto dinero allí?

—Lo hay siempre. Clara es mi secretaria y hace muchísimos pagos directamente, sin necesidad de que el cajero, intervenga. Es… —sonrió— como si dijésemos «la pagadora de gastos generales e imprevistos».

—Comprendo.

—Yo le pido perdón, señor Dean. Pero me gustarla muchísimo que este asunto permaneciese en la misma situación que hasta ahora. El nombre de la casa que dirijo y otras muchas cosas, que usted comprenderá, me obligan a obrar con cautela y discreción.

—Perfectamente. ¿No puede darme algún detalle sobre Evan?

—¿Qué quiere usted saber?

—Roop murió víctima de una enfermedad rarísima. ¿Sabe algo

de ello?

Leuteriz negó, extrañado:

—Nada.

Harold se puso en pie.

—Muchas gracias por todo.

—Las gracias a usted.

Aquella misma mañana, Dean consiguió hablar con Callowan, haciéndole un informe completo de todo.

Cuando terminó, su jefe dijo:

—Todo coincide con los informes que yo he recibido. Leuteriz es un hombre cabal de pies a cabeza y no podemos sospechar de sus palabras. Creo, amigo mío, que lo mejor es que regreses. Toma el primer astrocohete y vente a Washington.

Donald estaba sentado en su despacho.

—Algunas veces —dijo— la policía comete errores de apreciación. Y, naturalmente, la SIP puede ser víctima de lo mismo. Como vulgarmente se dice, «hemos tomado demasiado aprisa el rábano por las hojas».

—¿No hay nada entonces?

—Nada.

Y después de una pausa, añadió:

—Te falta conocer lo mejor: la policía de Marte ha detenido a los culpables de la muerte de Fonder, el hombre que fue destrozado por una granada de nitroglicerina.

—¿Y qué?

—Lo confesaron todo. Evan se había asociado con un grupo de granujas y planeó cuidadosamente el robo de la caja de la oficina de su prometida. En realidad, Roop creía que en la caja había muchísimo más dinero. Por otra parte, el robo se hizo con una cuidadosa preparación y Evan empezó por apoderarse de la llave de a oficina. Luego, uno de los detenidos por la policía de Marte confesó que había sido él quien, disfrazado de mujer e imitando a Clara, penetró por la noche en el edificio de la Compañía, abriendo después la puerta a Roop, que fue quien abrió la de la caja fuerte.

»Todo salió a maravilla, pero Evan debió de ver defraudadas sus ilusiones al comprobar que la totalidad de lo robado no ascendía más que a doscientos mil dólares y pensando que la cantidad era insignificante para ser repartida entre todos.

»Y fue eso lo que le decidió a largarse con el dinero, no presentándose más a la Compañía aérea donde prestaba sus servicios como camarero en la astronave «Blue Star».

»Lo demás es bastante lógico: dos de sus compinches, enviados por los otros, llegaron a Nueva York, buscando a Evan; pero, desdichadamente para ellos, Roop había muerto.

»Supieron entonces que su antiguo jefe de banda tenía un amigo, Franklin Bixby, al que buscaron y, como ya sabes, mataron a tiros.

»Debieron encontrar el dinero, pero cuando Lewis notó que su amigo había contraído la peligrosa enfermedad de Franklin, pensó que los doscientos mil dólares que había cogido a Bixby era una buena cosa si podía guardarlos para él solo.

»El telegrama que tú interceptaste era la comunicación a los compinches de que no había nada del dinero buscado.

»Era natural que los otros sospechasen, y así lo han manifestado. Desesperados y completamente convencidos de que no encontrarían jamás el dinero se resolvieron a matar a Lewis, cosa que tú mismo viste.

Harold había escuchado atentamente y una triste sonrisa apareció en sus labios cuando su jefe hubo terminado.

—¿De qué te ríes? —inquirió Callowan.

—De mi pesadilla. Porque ahora no puedo negar que soñé como un desesperado.

—Así debió de ser.

—Tendré que ir a que me visite uno de nuestros médicos de nervios.

—No debes preocuparte más, muchacho. Todos hemos tenido pesadillas,

—Es posible; pero…

—¿Qué?

—¿Y la enfermedad? ¿Piensa hacer algo?

—No soy médico, Dean. De eso se va a encargar el Consejo de Salud Pública de Marte, al que nuestros especialistas han enviado un informe completo de todo lo observado. Se buscará la forma de poder detectar a esos enfermos de manera a impedir que embarquen para la Tierra, ya que la enfermedad es indudablemente contagiosa.

—Entonces ¿lo de la enfermedad no fue más que una

coincidencia?

—Eso es. El examen médico del cadáver de Roop y luego del de su amigo me hizo sospechar, en un principio, de algo raro. Por fortuna, nada de eso ha ocurrido y la Sanidad se ocupará de lo que debe. Además la policía de Marte ha demostrado trabajar veloz y eficazmente. ¡Todo arreglado, amigo mío!

—Me alegro.

—¿No vas a tomarte unas vacaciones? Llevas un año sin disfrutarlas.

—No lo sé. Puede que lo haga.

—Cuenta con mi permiso. Yo salgo para Europa esta misma noche. Voy a echar una ojeada a nuestros amigos de allá.

* * *

El agente de servicio se acercó a Harold.

—Hay un envío para usted, señor Dean.

—¿Un envío?

—Sí. Lo tienen en cartería. Procede de Marte.

—Gracias.

Tomó el ascensor y se hizo conducir a la cartería. Una vez allí, y después de presentar su tarjeta, le fue entregado un sobre. En el dorso leyó algo que le hizo fruncir el entrecejo:

Laboratorio de Investigación Pericial
Profesor: H. Anderson.
Nouvelleville. —Marte-sector ciudad.

Abrió el sobre, mientras se alejaba por el pasillo.

El interior decía así:

Resultado de las observaciones hechas en las uñas del agente Harold Dean, de la Spacial International Police:

Primero. —Restos de madera de cedro marciano, cortada hace unos seis años y barnizada con una sustancia cara.

Segundo. —Partículas orgánicas que, examinadas al ultramicroscopio han demostrado ser trocitos de pluma y pelos de animales terrícolas.

Tercero. —. Porciones de resina y formol solidificado. El formol parece ser, por las observaciones hechas en el espectroscopio, levógiro y *de la clase especial utilizada generalmente por los taxidermistas.*

Firmado,
el jefe del laboratorio,
Templer

Harold se quedó con la boca abierta.

Había olvidado por completo aquella visita que hizo a la Comisaría Central de Marte, aquella fatídica mañana, cuando se despertó en su habitación.

Corrió al laboratorio y preguntó por el doctor Sullivan.

Y cuando estuvo sentado ante el especialista de la SIP dijo:

—Escuche, doctor. Usted me ha observado cientos de veces. ¿Cree que estoy loco?

El otro sonrió.

—¡Esa es una cosa que no se puede afirmar rotundamente, muchacho; pero, de todos modos, yo diría que no.

—Bien. Durante una misión que he realizado en Marte tuve, según parece, una pesadilla. Al despertarme, creí que había sido realidad…

—Eso ocurre muy a menudo.

—Déjeme seguir. No estando seguro de mí mismo y recordando que durante aquella pesadilla había sido torturado de una manera especial, atado a un sillón, recordé también que había clavado las uñas en la madera del sillón. En aquel momento, aquélla era la única tabla de salvación que tenía mi mente. Fui, por lo tanto, al laboratorio de la Central marciana de policía e hice que me cortasen las uñas al rape y que examinasen lo que podía haber en ellas. Ahora he recibido el informe.

Y lo tendió al doctor.

Éste lo leyó atentamente; luego, sonriente, dijo:

—Es una prueba convincente.

—¿De qué?

—De que aquello no fue una pesadilla.

Harold tragó saliva, satisfecho.

—¿Y eso de taxidermista?

—Son gente que, por afición más que por negocio, se dedican a disecar animales. Emplean justamente, esa clase especial de formol a la que alude el informe.

—Luego, si todos no estamos locos, yo estuve en aquella casa, fui torturado, me obligaron a hablar y luego me llevaron al hotel.

—A todo eso eres tú quien puede contestar aún mejor.

—Naturalmente. ¡No sabe usted la alegría que acabo de recibir! ¡Imagínese! Estoy seguro de que me han jugado una mala pasada y me despierto en mi habitación… tranquilamente.

—Pues el análisis demuestra que estuviste en una casa donde arañaste un mueble. Y que en esa casa vive alguien dedicado a la taxidermia.

—¡Es formidable!

—¿El qué?

—Que el conserje me viese a las siete, que me sirvieren la cena en la habitación y que, sin embargo, la verdad fuese que alguien me llevase al hotel, que no cené y que lo que dijo el conserje, el peluquero… y ella fuese mentira.

—¿Ella?

Dean sonrió.

—Sí…, ella. Pero eso saldrá pronto a la luz. Voy a tomar mis vacaciones, dejaré una nota al señor Callowan y saldré mañana mismo para Marte. ¡Esta vez no me harán ver visiones, lo juro!

Capítulo VI



O pensaba, de ninguna manera volver a cometer los errores que la vez primera le llevaron a ser derrotado estúpidamente.

Por eso, además de escoger otra nave distinta de la «Blue Star», procuró, al llegar a Marte, pasar lo más inadvertido posible. Para eso, alejándose también de los elegantes barrios donde se hallaba el «Cosmic», se dirigió hacia el norte de la ciudad, donde, después de una búsqueda cuidadosa, encontró un hotel de ínfima categoría. Allí se alojó, seguro de encontrarse fuera del «área oficial», en la que podía ser inmediatamente identificado.

Después de descansar un par de horas, se vistió, eligiendo su traje más usado y su corbata más llamativa. Y así, al atardecer, salió del fonducho, empezando a entrar en contacto con la abigarrada, heteróclita y sucia multitud que hormigueaba por aquellas estrechas calles.

Sonrió.

Allí, entre aquella gente, se encontraba, a salvo. Veía a muchos hombres que regresaban del trabajo, pero también los había que, por su aspecto, no podían ocultar su calidad de fracasados, gente que había ido a Marte como a un Eldorado, perdiendo todas sus

ilusiones y, lo que era peor, el dinero que les hubiese permitido regresar a la Tierra.

«Siempre ha habido hombres así —pensó—. Desde el principio del mundo hubo gente que creyó que lo maravilloso estaba siempre lejos al otro lado de las montañas primero, allende los océanos después; luego, más tarde, más allá del espacio…»

Y aquellos tipos, curiosos, mal vestidos, con baritas rebeldes y ojos brillantes, donde lucía aún, a pesar de los fracasos, una ilusión qué no moría más que con ellos, eran los auténticos aventureros del espacio, los pioneros de todo nuevo planeta conquistado.

Después de recorrer las calles, del barrio, sintió hambre. Eligió uno de los bares que encontró en su camino y que no se diferenciaba en nada de los otros.

De techo bajo y ahumado, ocupaba el semisótano de una casa y para entrar en él había que descender Unos escalones de piedra, gastada por el uso. Mesas macizas, enormes, de gruesas patas no torneadas, llevaban sobre la madera las manchas de miles de vasos, que habían dejado allí las huellas circulares de sus bordes inferiores.

Todas las mesas estaban ocupadas y Harold dudó unos instantes. En aquel momento, un camarero fornido y de rostro brutal, que había visto en él un posible cliente, ya que a pesar de su traje seguía siendo el más elegante de toda la taberna, se acercó a él.

—¿Quiere beber algo, señor?

Dean sonrió.

—Quiero comer…, si es posible —y señaló, con un ademán circular, las mesas ocupadas.

—Venga usted conmigo.

Le guió por entre las mesas, deteniéndose en una que, situada en un rincón, estaba ocupada por dos hombres.

—¡Eh, vosotros, ya estáis largándoos!

Uno de ellos, pelirrojo y pecoso, levantó la cabeza. Harold vio en sus ojos un hálito de tristeza.

—¿Nos echas, Lorent?

—¡Claro que sí! Lleváis dos horas aquí y no habéis tomado ni un solo vaso.

—No es por nuestra culpa…: no nos han querido fiar.

El otro levantó las manos al cielo.

—¡Fiaros! ¿Me habéis tomado por una institución benéfica? Me debéis cerca de cien dólares entre los dos… ¡Tonto de mí que creí siempre vuestras historias fantásticas! Mañana tenemos un trabajo estupendo… ¡Como si tuvieseis ganas de trabajar! ¡Fuera vagos! ¡Hay un cliente que está esperando!

El otro, moreno y de rostro curtido por el sol, levantó a su vez la cabeza. Sus ojos brillaron intensamente, fijos en los del camarero, y Harold, por un momento, creyó que iba a haber pelea.

Pero desviando su mirada hacia el compañero, murmuró:

—Vamos, James…

—¡Un momento!

La exclamación había salido de los labios de Dean sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

Fue más fuerte que él.

Los otros dos le miraron y también el camarero se fijó en él, frunciendo el entrecejo.

—Desearía —dijo Harold— que no se ofendiesen y aceptasen mi invitación, sin ninguna clase de recelo… ¿Quieren comer conmigo?

Notó un gesto de desconfianza en los dos amigos; pero ambos se miraron, terminando por sonreír.

—¿Desde cuándo se dice no a una comida? —inquirió el pelirrojo. Y dando un codazo a su amigo consultó—: ¿Tú qué dices a esto, Joe?

El otro acabó por sonreír y mirando francamente al recién llegado aceptó:

—¡Admitida esa invitación, amigo!

—En seguida les serviré —dijo el camarero con un gruñido.

Y cuando se hubo alejado, el agente, estrechando las manos que le tendían dijo:

—Me llamo Harold.

—Yo soy Joe Spatz-dijo el moreno —y éste es James O’Neil.

—¿Irlandés? —inquirió Dean.

—Sí, pero nacido en Estados Unidos —rió el pelirrojo.

Llegó el camarero con los primeros platos y Dean vio pronto que había hecho una verdadera obra de caridad al invitar a aquellos dos hombres. Comían, a pesar de cierta mesura con la que empezaron, con ansia.

Joe, entre dos bocados, se justificó, y sonriendo al agente se

excusó:

—Perdona, Harold, si nos ves devorar de esta manera… Hacía muchísimos días que no teníamos tanta cosa al alcance de la mano.

—No tiene importancia. Lo comprendo muy bien.

Durante el resto de la comida, que fue abundante, no se cambió una palabra entre ellos. Después, cuando Harold pidió café y unos habanos, el camarero le miró, por primera vez, con un aire de desconfianza.

—¿Está seguro de que podrá pagar? —inquirió.

—¿Qué le hace pensar que no?

El otro se encogió de hombros.

—Desconfío —repuso—, en principio, de los que piden cigarros y café después de comer. Eso no se estila por estos barrios y quien lo hace es, la mayor parte de las veces, un hombre sin dinero que quiere satisfacerse antes de recibir la paliza correspondiente.

Harold sonrió.

—Pues esta vez, amiguito, se equivoca en sus cálculos. ¿Cuánto le debo?

—Once dólares —dijo el otro, que debía de haber calculado el importe media docena de voces.

Dean hundió la mano en el bolsillo, extrayendo un fajo de billetes enrollado y con una goma.

Los ojos del camarero brillaron.

Dean pagó y encendió su habano, siendo imitado por sus dos nuevos amigos,

Después de unos instantes de silencio, Joe carraspeó antes de decir:

—Bueno.., creo que tiene que perdonarme que antes le haya tuteado —sonrió—. Es la costumbre por estos barrios.

Harold le dio una amistosa palmada en el hombro.

—¿Me has tomado por millonario, Joe? ¡Claro que tienes que tutearme! Yo no estoy acostumbrado a otra cosa, aunque hace muy poco que he llegado de la Tierra; pero allá, en Nueva York, como ya sabrás, la gente de nuestra clase no usa formulismos hipócritas,

—¡Choca estos cinco! —exclamó el pelirrojo, tendiendo la mano al agente— Desde que te vi, noté que eras uno de los nuestros. Ningún tipo del centro de la ciudad hubiese tenido el detalle de invitarnos.

—¿Has llegado hace poco? —inquirió Joe.

—Sí. Llevo un par de días por aquí. Busco a un hombre.

—¿En este barrio?

—Creo que no. Por lo que hace debe de ser un pez gordo.

—¿Te ha hecho alguna cochinada?

—Sí y no. Desapareció de mi vista cuando tenía que abonarme cierta cantidad. Aunque, a veces, creo que no escapó por no pagarme, sino por miedo.

—¿A la «poli»?

—Sí.

Hubo una pausa.

Luego James se ofreció:

—Ya sabes, Harold, que estamos a tu disposición.

Si nosotros sabemos algo de ese tipo, no tienes más que decirnos su nombre. Si no lo conocemos, podemos preguntar por él o buscarle.

—Muchas gracias. Su nombre no importa mucho, porque es más que seguro que lo habrá cambiado al llegar aquí. Es un taxidermista.

—¿Un qué…? —inquirió James, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Un tipo que diseca animales.

—Si no te explicas mejor…

—Veréis…: ese hombre coge un animal muerto y le vacía de todo lo que puede pudrirse. Le llena el cuerpo de paja, borra o lana, lo cose, pone ojos de cristal y, si es necesario, una lengua de plástico. Así, el animal parece vivo.

—¿Y para qué hace eso?

—Debe de coleccionar los animales. He preguntado en la ciudad y no hay ninguna casa que se ocupe de un negocio como ése.

—Pero… ¿eso es un negocio?

Harold sonrió de nuevo,

—Sí. En la Tierra se suele pagar bastante caro ese capricho de conservar animales muertos. Pero ya os digo que mi «amigo» debe de coleccionarlos.

—¿Es tan rico como para eso?

—Sí.

James emitió una sonrisita breve.

—¿Te das cuenta, Joe? Un tipo que debe gastar el dinero a puñados para conservar animales muertos…, ¡y mientras nosotros luchando por un poco de comida!

—¿Tan mal os van las cosas?

Fue Joe quien contestó:

—Sí, Harold. Nosotros llegamos aquí hace mucho tiempo. Al principio, cuando se tenía que luchar contra todo, cuando esta ciudad no existía, cuando se desconocían los peligros del planeta, nosotros éramos hombres importantes y ganábamos lo que queríamos.

»Siempre estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa y como los demás tenían mucho miedo, nos buscaban para todos aquellos trabajos que ellos no se atrevían a hacer. Joe por aquí, James por allá. No parábamos un momento…

Se encogió de hombros.

—Pero después, cuando levantaron la ciudad, cuando se percataron de que los astronautas no habían mentido y que en Marte no había monstruos como los que se pintaban en los «cómics» de anticipación, fueron prescindiendo de nuestros servicios y entonces se acabó para nosotros el tiempo da las vacas gordas.

—Comprendo. ¿Y qué hacéis ahora?

—Lo que sale…, que es muy poco.

Dean preguntó:

—¿No habéis encontrado ningún trabajo seguro?

Joe sonrió.

—¡Cómo se ve que acabas de llegar a Nouvelleville, amigo! Los empleos son para los amigotes que se hace venir de la Tierra: hombres nuevos que no conocen nada de todo lo que aquí ha pasado. Porque, aunque te parezca mentira, el noventa por ciento de las fortunas que aquí se han hecho han sido logradas con procedimientos que, de ser en la Tierra, hubiesen costado la vida, en la cámara electrónica, a todos los que se pasean hoy en lujosos autos a reacción y viven en palacios. Claro que hay excepciones, pero son muy pocas.

—Ya entiendo.

—¿Cómo quieres que nos empleen a nosotros? Nos vieron desde el principio, y saben que conocemos sus vidas tan bien como ellos. Sólo hace diez años no había aquí ni una casa… ¡Fíjate si los

recuerdos son recientes!

—Bien. De todos modos, aunque no soy rico, podéis contar con mi ayuda por una temporada.

—Nosotros queremos ganarnos lo que comamos, Harold; no te confundas…, Pasé por esta invitación, pero no admitiremos ni medio dólar como limosna. No somos de esa clase.

—Ya sé que no sois de esa clase. Empiezo a conoceros, amigos, y estoy cada vez más contento de haberos encontrado. De verdad.

—Nosotros también estamos contentos de haber conocido a un hombre como tú.

—De acuerdo. Lo que voy a proponeros no es ninguna obra, de caridad, sino un trabajo que, naturalmente, habré de pagaros: tengo que encontrar a ese amigo del que os he hablado antes.

—¿El disecador?

—Sí.

—Lo buscaremos, aunque va ser un poco largo.

—No importa.

James, que no habla despegado los labios hacía rato, levantó la cabeza. Y mirando a Harold dijo:

—Oye, amigo. Tú dijiste antes, si mal no recuerdo, que ese tipo se dedicaba a coleccionar animales, ¿No es verdad?

—Sí.

—Aquí, en Marte, no los hay. ¿No es así, Joe?

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Muy sencillo. Si ese tipo se dedica a llenar de paja a los bichos muertos, fuerza es que se los envíen desde la Tierra.

—Naturalmente. ¿O creías que los fabricaba él en su casa?

—No seas tonto, Joe. Ya sabes que vamos una vez por semana a trabajar en el espaciódromo. ¿Crees que Mickey…?

Intervino Harold, interesado:

—¿Podéis explicarme ese misterio?

Joe sonrió y volviéndose hacia el explicó:

—Verás, amigo. Ese Mickey es un viejo compañero de fatigas, un pionero como nosotros. Si tuvo un poquitín de suerte y consiguió un empleo en el espaciódromo. Es el encargado de la limpieza de las salas de recepción de la Central de aparatos; en fin, de todas las instalaciones. Una vez por semana se hace una limpieza a fondo, con aspiradores y todo lo demás. Mickey, que no ha dejado de

apreciarnos, como nosotros a él, nos incluye en la brigada de obreros de la limpieza, dándonos el trabajo más sencillo y cómodo. Total, son una veintena de dólares para cada uno de nosotros, que nos vienen de perilla.

—Y ese Mickey —prosiguió el irlandés— puede informarnos del destinatario de los paquetes de animales que envíen a tu amigo. En la Aduana Espacial lo abren todo y Mickey es muy amigo de los oficiales de control que hay allí.

—Ya comprendo.

—Nada importa que tu amigo haya cambiado de nombre: conoceremos su dirección que para ti será lo mismo. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! Voy a daros unos dólares por si tenéis que invitar al amigo Mickey.

—No hace falta, de verdad… —protestó James. Pero de nada sirvieron aquellas protestas. Harold les dio cincuenta dólares, manifestando que era el sueldo que les pertenecía por el trabajo que iban a hacer.

—Mañana mismo pasaremos por el espaciódromo —aseguró Joe.

—Muy bien.

—¿Dónde vives? —preguntó el pelirrojo.

Dean les dio la dirección, despidiéndose de ellos. Luego, después de darse una vuelta por las calles, que continuaban tan animadas como siempre, regresó al hotel y se acostó enseguida.

Al despertarse, permaneció en la cama, gozando de la temperatura del lecho y pensando en el frío que tendría al salir de él. Desde luego, allí no existían, ni remotamente, las comodidades del «Cosmic»

¡El «Cosmic»!

Al recordar lo que le había ocurrido en el más famoso hotel de Nouvelleville, Dean intentó coordinar un poco sus ideas. Porque lo qué le parecía mentira era que el conserje y todos los empleados estuviesen dispuestos a mentir de aquella manera que podía ser tan peligrosa para ellos.

¿Qué relación podía haber entre la misteriosa enfermedad que costó la vida a Roop, las mentiras de su novia, las de su jefe y las de los empleados del «Cosmic»?

Desde luego, el asunto debía ser de primerísima importancia. Y de no haber sido por aquella magnífica idea que tuvo de mandar

analizar sus uñas, después de haber arañado, en el colmo del dolor, los brazos del sillón en el que estuvo atado, hubiera tomado lo ocurrido por una pesadilla y el asunto se habría escapado de sus manos:

Ahora tenía la seguridad de que sus raptores no le habían matado porque, al apoderarse de sus papeles, supieron que pertenecía a la SIP. Y no debían ignorar tampoco que lo peor que puede hacer un delincuente es atacar a cualquier agente de la Spacial International Police, ya que tal cosa significaría una acción que no se detendría hasta apoderarse del asesino.

Eran muy hábiles.

Habían urdido un plan y dieron satisfacción a todo el mundo, incluso a la policía de Marte y, lo que era más importante, habían logrado convencer a Callowan.

¡Lástima que el jefe de la SIP hubiese salido para Europa en el preciso momento en que llegaba de Marte el informe del examen técnico de sus uñas!

Había dejado una nota a su superior y una dirección postal en Marte, para que se comunicase con él. Estaba seguro que Donald aprobaría su conducta, ya que de haber estado en Washington hubiese sido él mismo quien le habría encomendado la misión de aclarar aquel misterioso asunto.

Por eso estaba contento de lo que había logrado.

La amistad con Joe y James había sido un verdadero golpe de suerte que, de seguir por el mismo camino, podría proporcionarle una pista muy importante.

Se levantó, saltando del lecho animado. No habiendo otra forma de combatir el frío que tomar una ducha, lo hizo, vistiéndose después y asustándose un poco al comprobar que eran las diez y media de la mañana. No le extrañaba haberse levantado tan tarde, ya que debió charlar con sus nuevos amigos hasta altas horas de la madrugada.

Se estaba poniendo la corbata cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó.

Entró Joe, seguido del pelirrojo.

—¡Buenos días, amigo!

—¡Hola!

—Traemos noticias.

—¿Ya?

—Sí. Fuimos muy temprano al espaciódromo. Sabemos que te urge encontrar a ese tipo y no era cosa de dormirse en los laureles.

—Bien. Vamos a bajar a la calle y desayunaremos tranquilamente. Al mismo tiempo me contaréis lo que habéis podido averiguar.

Capítulo VII

OS paquetes con los animales, que vienen en cajas frigoríficas —explicó James, cuando terminaron de desayunar —, llegan cada dos semanas. Hay pájaros y otros muchos bichos que envía una agencia de Nueva York.

—¿A qué nombre vienen? —inquirió Dean, sintiendo que la emoción le ganaba.

Joe torció el gesto.

—Eso es lo peor, amigo. No vienen consignados a nombre alguno.

—¿Eh?

—Los envían a Lista Postal.

Harold se mordió los labios.

—Debía haberlo imaginado.

—Sí, es una lástima-comentó James —; pero de todos modos las noticias no se han acabado.

—¿Qué quieres decir?

—Que Mickey se ha enterado que una mujer viene a buscar los paquetes cada vez que llegan.

—¿Una mujer?

—Sí. Y justamente pasado mañana llegará otro lote. No creo

que, después de todo, se haya perdido el trabajo. Siguiendo a esa muchacha, podrás saber dónde vive ese tipo.

—Eso es lo que haré.

Se despidieron poco después, tras ponerse de acuerdo en que James le haría saber el momento preciso de la llegada de los paquetes.

Así ocurrió.

Tres días después, el pelirrojo le comunicó que los paquetes estaban ya en la Aduana y que era casi seguro que aquella misma mañana fueran a retirarlos.

Harold se dirigió al aeródromo y, después de informarse de la situación de los servicios de Aduana, tomó asiento en uno de los bares próximos, desde donde podía vigilar cómodamente y sin ser visto los accesos al edificio que tenía al lado.

No tuvo que esperar mucho.

Un vehículo elegantísimo se detuvo poco después ante la puerta principal de la Aduana. Y, aunque lo esperaba, en cierto modo se sorprendió al ver que era Clara quien descendía del elegante coche.

La complicidad en aquel asunto era cada vez más nítida en lo que se refería a la muchacha.

¡Y él, que se había dejado llevar, el primer día que la vio, por su belleza, sintiéndose inclinado hacia ella!

¡Menuda víbora!

De acuerdo con su poco aprensivo jefe, Clara Spencer parecía ser la cadena de unción, el eslabón, mejor dicho, que unía una serie de factores tras los que, sin duda alguna, se ocultaba la personalidad del jefe…, que no podía ser más que el taxidermista.

Pero ¿por qué todo aquello?

¿Qué clase de asunto defendía aquella gente para mentir descaradamente y hasta engañar a la policía?

Eso era lo que Dean veía menos claro.

Porque, después de todo, los embustes de que había sido objeto y el disimulo por parte de los culpables del rapto y la tortura que había sufrido, de manera a hacerle creer que se trataba de una pesadilla, no había tenido más objeto que alejarle de la investigación del misterioso mal que había devorado las entrañas de Evan Roop.

¿Qué importancia podía tener aquella enfermedad y qué se

escondía tras ella?

Harold vio que la muchacha entraba en la Aduana e hizo que llamasen un taxi, ordenando al conductor que le esperase en la puerta del bar. Sin perder de vista la salida del edificio vecino, pagó la consumición y encendió un cigarrillo.

Esta vez tuvo que esperar más, ya que Clara tardó cerca de veinte minutos en salir. Un par de mozos de carga, que empujaban una carretilla, la seguían. El minúsculo vehículo iba cargado de paquetes de distintas formas y tamaños.

Dean subió al taxi y ordenó al conductor que siguiese lo más disimuladamente posible al vehículo de la joven. Le mostró su documentación, asegurándole que el servicio le iba a ser pagado en el acto, así como la correspondiente propina.

Clara demarró, alejándose rápidamente hacia la ciudad, que atravesó sin detenerse en parte alguna. Dean reconoció casi enseguida el camino que tomaban, y cuando el vehículo ele la muchacha se detuvo, el agente sintió un estremecimiento al volver a ver el edificio, con su parte de delante, donde había sido torturado semanas antes.

Era el 3433 de la Space Avenue.

Permaneciendo en el taxi, que había hecho detener una cincuentena de metros pasado el edificio en cuestión, Harold esperó pacientemente, viendo que un grupo de hombres, que debían de ser los mismos que le obligaron a entrar en la casa, se ocupaban de los paquetes.

La mucha ha permaneció en el coche. Lo puso en marcha cuando los hombres terminaron de descargar el vehículo.

—¡Sígala!

Estaba casi completamente seguro de la dirección que ella iba a tomar y no se extrañó lo más mínimo al ver que se detenía delante del edificio de la «Shulder», dejando allí el coche y desapareciendo definitivamente en el interior de la casa.

Dean esperó quince minutos, aunque sabía que estaba perdiendo el tiempo. Luego, después de pagar al chófer, cogió un autobús y se dirigió hacia el hotel.

Lo primero que importaba era conocer la identidad de aquel hombre que vivía en el 3433 de la Space Avenue, Deseaba saber todo lo que fuese posible sobre tal sujeto. *Y* aunque la policía de

Marte hubiera podido procurarle una información satisfactoria, no deseaba recurrir a ella, prefiriendo que fuesen sus nuevos amigos los que se la proporcionasen.

No quería que la policía supiese que estaba en Marte, ya que sospechaba una credulidad exagerada del jefe de la misma hacia los importantes personajes de la ciudad que, bajo la apariencia de una vida sin tacha, debían ocultar la solución de aquel misterio.

Desde el hotel, donde permaneció una hora pasando en limpio una serie de notas que había ido tomando, se dirigió primeramente a los servicios Postales, cuya dirección había dejado a Callowan, entregando allí, en sobre lacrado, los informes que deseaba llegasen a Washington, a una dirección que la SIP utilizaba, fuera de la Central, para cuando sus agentes deseaban comunicarse con el servicio sin necesidad que los empleados de correos supiesen nada.

Luego se fue al bar de costumbre.

Se alegró al, ver que Joe estaba allí, en el lugar de siempre. Se acercó a la mesa, estrechó la mano de su amigo y se sentó después.

—¿Cómo ha ido eso? —inquirió Spatz.

—Bien. He seguido a la muchacha.

—¿Y qué?

—Ha ido al 3433 de la Space Avenue.

Joe emitió un silbido de admiración.

—¡Vaya barrio! No me extraña que tu amigo pueda permitirse el lujo de perder el tiempo y el dinero disecando animalitos de ésos.

—Seguro. Lo que querría ahora, Joe, es que James y tú hicieseis averiguaciones sobre quién es el dueño de esa gran casa, cómo se llama y a qué se dedica.

—Puedes contar conmigo. En cuanto a O'Neil…

—¿Le ha ocurrido algo?

Joe sonrió.

—No. Ha tenido suerte, eso es todo.

—¿No quieres decírmelo?

—¿Por qué no? Un rico, que como casi todos está loco, le ha pedido que le acompañe a las montañas, donde va a pasar unas semanas.

—¿Le conocía?

—Un poco… aunque hacía años que no se hablaban. Pero eso no importa. No es la primera vez que uno de esos tipos desea, quizá

para tranquilizar su conciencia, llevarse a uno de nosotros a sus fincas de recreo.

—¿Le paga por eso?

—¡Claro que sí! Ya te He dicho que deben hacerlo para no recordar todo lo malo que hicieron al principio, cuando la vida de los hombres les importaba muy poco. ¿No se llama filantropía a eso?

—Sí.

—Pues ya te he dicho que se han dado bastantes casos últimamente. Los ricachos se llevan a un pobretón, la hacen pasar unas buenas semanas y después colman su deseo más grande.

—¿Cuál?

—¡El regreso a la Tierra! ¿Te parece poco?

—No.

—Para los que hemos sufrido tanto en este maldito planeta, al que nos trajeron muchísimas ilusiones; la vuelta a la vieja Tierra es algo como el regreso al paraíso.

—Lo comprendo. ¡No sabe cuánto me alegro por James!

—Yo también. Aunque, por otro lado, me apena un poco el no volverle a ver.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre ocurre lo mismo. Cuando uno se ve limpio, con dinero en cantidad y el billete de egreso en el bolsillo, se olvida uno de todo, de los amigos, de los malos y buenos momentos que se pararon juntos.

—¿Crees que O'Neil será tan desagradecido?

—No es desagradecimiento, Harold. Es natural… ninguno de los que tuvieron su misma suerte regresó ni siquiera para decir adiós a los otros.

—¿Ni uno solo?

—Ni uno.

Dean, en su fuero interno, tuvo que convencerse que los cánones morales de aquella pobre gente no eran excesivamente anchos, sino que por el contrario, el egoísmo parecía regir su conducta.

Y como había dicho Joe, la cosa era natural.

—Está bien —dijo, después de unos instantes de silencio—. ¿Quieres, encargarte de ese trabajo, Joe?

—Encantado. Ya sabes que estoy dispuesto a hacer lo que sea

para que se te arreglen las cosas.

—Muchas gracias.

* * *

Dos días más tarde, Joe llegó al hotel y sentándose en uno de los desvencijados sillones, después de encender un cigarrillo, dijo:

—He podido conocer algo de lo que te interesaba sobre el tipo del número 3433 de la Space Avenue.

—¿Conoces su nombre?

—Sí. Se llama Van Dusen.

—¿Holandés?

—Eso mismo. Llegó a Marte hace unos cinco años. Naturalmente, no vivió siempre en ese palacio. En realidad, es un hombre bastante raro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque pasa mucho tiempo en una finca que tiene en los pantanos.

—¿Dónde está eso?

Joe sonrió.

—Cuando llegamos —dijo— alguien, que estaba completamente loco, dijo que en aquella zona había mucho uranio. Ya puedes imaginarte lo que ocurrió. Miles de hombres fueron allá, obsesionados por una riqueza fácil.

—¿No encontraron nada?

—Sí…, la muerte. Cayeron por cientos. Aquella zona es insana y entre todo lo malo que allí se encuentra había una enfermedad rarísima…

Sin poderlo evitar, Joe se estremeció de pies a cabeza.

—¿Una enfermedad rara?

—Rarísima. Nadie supo nunca cómo se producía… Lo cierto es que cuando la cogías te considerabas el hombre más feliz del mundo, como si te hubieses emborrachado con algo mucho más fuerte que el «whisky». Luego, después de un par de semanas en que te parecía estar en el paraíso, venía lo peor, unos dolores horribles en el vientre y una muerte atroz…

—¿Estuviste tú allí? —inquirió el agente, haciendo lo posible por dominar la emoción que se había apoderado de él.

—Si. Como los demás, James y yo fuimos atraídos por el bulo del uranio. Por suerte, escapamos con vida de aquellas malditas regiones.

Una especie de fiebre deliciosa había apresado a Harold.

¡La enfermedad!

Había descubierto, de una manera estúpida y sencilla, algo que estaba, buscando desde hacía mucho tiempo. Ahora comprendía que nadie le hubiese hablado de aquello.

¿Quién iba a recordar los hechos de aquella falsa alarma del uranio?

El asunto había sido olvidado y el mismo Joe no lo hubiera mencionado al no ser porque se enteró de que el holandés tenía una finca por allí.

—Eso te hará comprender —dijo Spatz— lo que me ha extrañado el enterarme de que ese loco tiene una finca allí. ¡Hay que haber perdido la chaveta para acercarse a aquellos malditos lugares! Desde que ocurrió aquello, puedo apostar lo que quieras a que nadie va por allí. Las carreteras que se han trazado evitan aquella zona como si se tratase del mismísimo infierno.

—Lo comprendo muy bien.

Joe se rascó la cabeza.

—Daría cualquier cosa por saber qué puede haber atraído a ese Van Dusen a construirse una casa en aquella porquería de lugar.

—Quizás estudie la enfermedad.

—Todo lo que quieras, pero si yo tuviese la «pasta» de ese tipo, no perdería el tiempo yendo por allí. ¡No puedes imaginarte el espectáculo de aquellos pobres tipos enfermos, cuando morían, con una cara tan contorsionada que daba más miedo que da misma muerte!

Y como Dean no decía nada comentó:

—¡Ese Van Dusen debe estar loco como una cabra!

Harold frunció el entrecejo.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Van Dusen.

Reflexionando un momento, Dean buscó en su mente algo que estaba rodando los límites de su conciencia. Era algo a mitad olvidado, pero que lo que había dicho Joe hizo salir del anónimo rincón donde yacía.

¡Ya estaba!

¡Ahora recordaba perfectamente la relación que había entre el nombre del holandés y el recuerdo suyo!

Van Dusen coincidía con las iniciales del telegrama que, a bordo de la «Blue Star», había recibido Lewis Cameron.

¡Todo iba coincidiendo!

Una sonrisa entreabrió sus labios y la satisfacción le penetró, como una ducha de agua tibia, produciéndole una sensación deliciosa al comprobar que las piezas del rompecabezas empezaban a unirse poco a poco.

—¿Tengo que seguir investigando? —inquirió Joe

—Sí. Quiero que sigas trabajando y recogiendo todos los detalles que puedas. ¡Lástima que James no esté con nosotros!

—El ha tenido más suerte que yo —dijo Spatz, frunciendo el entrecejo— ¡Menudo cliente el suyo!

—¿Sabes dónde ha ido?

—Sí. Me dejó una nota en casa de un amigo. Justamente, además de comunicarme dónde iba, me daba recuerdos para ti. Espera que voy a leértela.

Sacó un papel sucio y excesivamente doblado; luego leyó con voz monótona:

Querido Joe: Hoy he sabido Que mi suerte no me ha vuelto la espalda. Ya sabes que hemos estado persiguiendo, desde hace tiempo, algo como esto. De todas formas, y aunque no me creas, te prometo interesarme por ti. El cliente es importante y con un poco de coba creo que le sacaré lo suficiente para el viaje a la Tierra para nosotros dos. Estoy dispuesto a lograrlo, aunque, repito, no me creas. Yo no soy un tipo como los otros, que, cuando han tenido dinero suficiente, se han largado sin despedirse de los amigos. Te demostraré que soy diferente, yendo a verte cuando tenga la «.pasta». Hemos vivido juntos, como hermanos, todo este tiempo y no puedo olvidar lo nuestro… También quiero que le des muchos recuerdos a Harold. Es un tipo imponente y de los que uno encuentra pocos en esta picara vida. Recibe un fuerte abrazo de tu amigo… James.

¡Ah, se me olvidaba! Agárrate bien, Joe, porque estoy seguro que el nombre del cliente te va a dejar sin respiración. ¿Lo adivinas?

¡Seguro que no! Fíjate bien, viejo ¡Se trata, nada más y nada menos, de Howard Leuteriz, si dueño absoluto de la «Shulder»! ¡El viejo zorro!

¿No te acuerdas de cuando era tan pobre como nosotros? ¡Si no hubiésemos sido tan honrados, que es como decir tontos!

Bueno, amigote, a Howard debe remorderla la conciencia por todo el mal que ha hecho; pero después de todo, ¿qué puede importarnos? Si conseguimos volver a la vieja Tierra, lo demás no nos interesa nada.

Joe levantó la cabeza, volviendo a doblar la hoja de papel.

—¿Vaya suerte, eh?

Pero Dean no le escuchaba.

¡Habían sido demasiadas coincidencias aquella mañana!

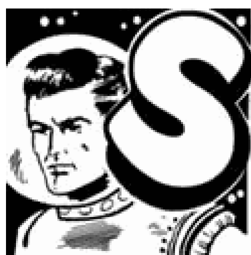
Primero Van Dusen, sus iniciales, los pantanos donde se encontraba aquella horrible enfermedad. Luego la personalidad de Leuteriz y la extraña costumbre de los millonarios marcianos en querer hacer una obra de beneficencia, para acallar su conciencia…, aunque,..

Algo faltaba allí para que todo se explicase.

Y Dean estaba decidido a saber, porque, a medida que se acercaba la hora de la verdad, una curiosidad incontrolable se apoderaba de él.

¡Cayese quien cayese, los culpables de un delito que aún no conocía terminarían cara a la ley!

Capítulo VIII


U intención era acercarse a la zona pantanosa, pero no se atrevió a hacerlo.

Tenía miedo.

Aunque no conocía la enfermedad como Joe, la había visto, sabía lo suficiente de ella para dejar la visita a los pantanos para más tarde, cuando Callowan lo ordenase.

Después de reflexionar muchísimo, había llegado a la conclusión de que el uranio existía. De otra manera, ¿qué objeto tenía el que Van Dusen poseyese una finca en aquella terrible región?

Lo que había ocurrido le aparecía con toda claridad, y los hechos acontecidos después, desde el momento en que Roop entró en escena, se explicaban ahora sin ninguna solución de continuidad.

Van Dusen, el dueño de la «Shulder», el del «Cosmic» y quizá otros potentados, estaban explotando los yacimientos de uranio, y era muy posible que gran parte de sus fortunas actuales tuviesen aquella procedencia.

Aprovechándose de la enfermedad que había aterrorizado a los primeros buscadores…, enfermedad que hasta era muy posible que ellos mismos hubiesen provocado, aquella organización logró posesionarse por entero de los terrenos uraníferos, explotándolos

con absoluta garantía de que nadie se acercase jamás a ellos.

¿Y Roop?

El papel que había jugado aquel desdichado parecía ahora explicarse con facilidad.

Evan debía, gracias a Clara, haber conocido la existencia de los yacimientos de uranio. Movido por una ambición normal, debió arriesgarse, yendo a la zona de los pantanos. Su novia le había hablado de ellos, pero no de la enfermedad, aunque era posible que también le dijese algo, previniéndole inútilmente, ya que él se infectó.

¿Cogió uranio Evan?

Eso no podía saberse por el momento.

Pero lo que sí era posible explicarse es que Clara comunicó a sus jefes que su novio estaba enfermo. Aquella alegría suya y la euforia que se apoderó de él debió demostrar a la muchacha que Roop había ido a las minas y había contraído la terrible enfermedad.

Hasta era posible que hubiera logrado llevarse algo de uranio.

Alarmados, ya que no les interesaba que se conociese aquel mal, que de saberse orientaría a los de Sanidad hacia los pantanos, estropeándoles su plan, el holandés y los suyos se lanzaron en pos del camarero de la «Blue Star», dispuestos a cazarle y hacerle desaparecer, pero llegaron tarde.

Evan había muerto, y la Policía descubrió su cuerpo. De todos modos, y ahora era seguro que Evan se llevó algo de uranio, quedaba esto, y los enviados por Van Dusen, Carl y Lewis siguieron investigando, descubriendo, con horror, que un amigo de Roop había contraído la enfermedad y era ahora el dueño del valioso mineral.

Lo mataron.

No obstante, la mala suerte les perseguía, y Lewis contrajo la enfermedad. Entonces su amigo lo comunicó al holandés, quien le dio orden de matar al otro.

¿Por qué asesinaron a Carl?

Era muy posible que temiesen que estuviese enfermo, despreciando el uranio que había recuperado.

Al matar a todos los testigos, evitaban que éstos hablasen. Y aunque la Sanidad Interplanetaria interviniese, ardua iba a ser su labor para saber dónde se encontraba el foco de la enfermedad.

Habían jugado a la desesperada, sin detenerse en matar a cuantos podían descubrirlos…

El secreto era demasiado importante para pararse en mientes.

* * *

—¡Hola, Joe!

El joven levantó la cabeza, haciendo un gesto al agente para que se sentase frente a él.

—No tengo muchas noticias para ti, Harold.

—¿No has averiguado nada más?

—Muy poco. Van Dusen pasa algunas semanas en su finca de los pantanos, donde va con dos de sus hombres, regresando después a la ciudad,

—¿No utiliza camiones?

—No, que yo sepa.

Dean se movió intranquilo.

¿Sería posible que su tesis del uranio fuese falsa?

No podía ser.

Hablaron de algunas cosas; luego Dean preguntó:

—¿Tienes noticias de James?

Una triste sonrisa apareció en el rostro de Joe.

—¿Noticias? Si que las tengo.

—¿Sigue bien?

—Lo supongo.

Dean frunció el entrecejo.

—Lo dices de una forma… ¿ha ocurrido algo?

—Lo natural.

—¿Y qué es lo natural?

—James está en la Tierra.

—¿Cómo? ¿Se ha ido?

—Sí.

—Entonces…

La sonrisa se acentuó en los pálidos labios de Spatz.

—No me creíste, ¿eh? Ya te dije antes de leer la carta que me envió James que siempre ocurría igual. ¡Es la ley de la vida! En cuanto el dinero abunda y hay un pasaje para la Tierra… ¿a qué perder el tiempo con piojosos que ha tenido uno como amigos? ¡Lo

importante es correr hacia el espaciódromo, sin saludar a nadie, huyendo de los miserables que podrían pedirle a uno mil favores! Y una vez a bordo de la astronave, acurrucarse en su asiento, después de haber cerrado con llave la cabina, y esperar, contando los segundos, que parecen no querer pasar nunca, hasta que el astrocohete se eleva… Sólo entonces, amigo Harold, se atreve uno a mirar por el ojo de buey, pensando en lo bonito que sería que estuviese abierto para poder escupir, con desprecio, hacia el planeta al que uno no piensa volver jamás…

—¡Pero yo no creía que James pudiese olvidarse de esa manera!

—¿Por qué no?

—Porque era diferente y te apreciaba de veras.

—Sí, era un poco diferente. Al menos, y creo que es el primer caso que ocurre, me dejó cien dólares.

—¿Te los envió?

—No. Yo estaba preocupado por él. Por eso fui a la «Shulder» para preguntar si el jefe había regresado. Me recibió una morenita muy mona y me dijo que James había salido para la Tierra. Cuando le pregunté si había dejado algo para mí, me entregó un sobre con cien dólares. Ya lo sabes todo, Harold.

—¡Qué extraño que James haya hecho eso!

—Yo lo encuentro natural.

—Yo no. Su carta expresaba su manera de pensar.

El otro sonrió.

—Todos pensamos bien cuando estamos mal, amigo: no lo olvides nunca. Pero cuando las cosas se ponen bien para nosotros, cambiamos… ¡No puedes imaginarte lo fácil que es olvidar las cosas desagradables cuando uno está rodeado de cosas agradables!

Se despidieron, quedando citados para la noche, y Harold regresó al hotel.

Estaba un poco afectado por la manera que se había comportado James; pero, después de todo, como le apreciaba, se alegraba de que hubiera logrado regresar a la Tierra.

Cuando Joe le dijo que le había recibido una linda muchacha, estuvo a punto de decirle que se trataba de Clara, y que lo que él había considerado como una joven agradable era, en realidad, una especie de peligrosa víbora que no había dudado en denunciar a su prometido, enviando detrás de él dos matones para que lo

eliminasen.

Pensó que había llegado el momento de establecer contacto con Callowan, ya que deseaba que fuera el jefe quien tomase las riendas del asunto. Sólo Donald podía terminar aquello de una manera limpia y rápida.

A la noche volvió a reunirse con Joe.

Encontró a su amigo muy contento y, suponiendo que James había hecho algo más por él:

—¡No me digas el motivo de tu buen humor, Joe!

—¿Vas a adivinarlo?

—Lo intentaré. Te apuesto una cena a que James te ha hecho llegar el dinero suficiente para el pasaje.

Spatz lanzó una carcajada.

—¡Has perdido la cena, Harold!

—¿De verdad?

—De verdad. James no me ha dejado nada, aparte de los cien dólares, de los que ya me he bebido una gran parte.

—¿Por eso estás tan contento?

—En parte, sí…, pero mi alegría tiene una explicación muy sencilla.

—¿Puedes decírmela, o se trata de un secreto? —¡De ninguna manera! Yo no tengo secretos para ti, ya lo sabes…

—Entonces…

—¡Me voy a largar para la Tierra, Harold!

—¿Eh?

—Lo que oyes. He conseguido un «enchufe» como el que logró James.

—¡No es posible!

—Lo es. Esta mañana no quise decirte nada. Y tienes que perdonarme, pero no estaba seguro de ello.

—¿Y ahora lo estás?

—Por completo.

Dean guardó silencio, esperando que su amigo entrase en materia.

En efecto, después de beber lo que le restaba del vaso, Joe, con los ojos brillantes de alegría miró a su amigo.

—¿Recuerdas la chica de que te hablé? Sí, hombre, sí…, esa monada que me recibió cuando fui a la «Shulder» a preguntar por

O'Neil.

—Lo recuerdo.

—Bien, pues, además de entregarme el sobre, me preguntó, al ver que mi cara no expresaba alegría de ninguna clase, si desearía volver como James a la Tierra. Ya puedes imaginarte lo que le contesté. Entonces ella me rogó que no dijese nada a nadie y que volviese a la tarde. No era seguro y tenía que consultar con el cliente.

—¿Y ha resultado?

—Por completo. ¡Y qué cliente!

—¿Quién es?

—¡William Dunker, en persona!

—No le conozco.

—Sí, hombre, sí. ¿Quién no conoce a Dunker, el dueño del mejor hotel de Nouvelleville?

—¿El «Cosmic»?

—El mismo.

Dean experimentó una sensación de frío en la espalda.

—¿Debes acompañarle a su finca?

—Exactamente. Saldremos esta madrugada. Yo debo esperarle en la puerta del bar que hay en Fulton Square, ¿lo conoces?

—Sí.

—Un coche pasará a recogerme y me alejaré de esta ciudad para pasar unos días en la opulencia y el lujo, aligerando la conciencia de ese puerco.

—¡Qué raro!

Joe miró inquisitivamente al agente.

—¿Raro? ¿El qué?

—Esta costumbre de por aquí.

—No te extrañe… ¡Si supieras con detalle cómo se han amasado esas colosales fortunas, no te extrañarías de nada! Créeme, amigo mío. Aunque cada día enviasen una docena de pobres como yo a la Tierra, no pagarían las vidas de todos los que han sacrificado para subir.

—De todas maneras, no irás a decirme que esto se hace en la Tierra…

—¿Y qué? Marte tiene sus características especiales. Y, después de todo, no me negarás que esta costumbre, que se ha instalado

hace unos tres años, no nos beneficia.

—Entonces ¿qué importa lo demás?

—Eso es verdad.

—No lo sé, Joe. Pero sigo encontrándolo muy raro.

—¡Allá tú con tus ideas! Para mí, entiéndelo bien, esto es lo más maravilloso que podía ocurrirme ¡Volver a la Tierra! ¡Casi nada!

—Yo me alegro mucho, Joe.

—Ya lo sé. Y ahora perdona. Me entregaron quinientos «pavos» a cuenta para que me adecente un poco. Voy a comprar un traje y toda la ropa que necesito.

La idea golpeó la mente de Dean.

Como un relámpago.

—Oye, Joe…

—¿Qué quieres?

—He perdido la cena, pero quisiera que la tomásemos en la habitación de mi hotel. Es la última vez que estaremos juntos.

—¡Vale! Llevaré algunas botellas para alegrar la fiesta.

—¿A qué hora debes estar en el lugar de la cita?

—A las doce en punto.

—Bien. No quiero que llegues tarde.

—¡No te preocupes! No perderé de vista el reloj… que me voy a comprar. ¡Hasta luego!

—Adiós, Joe.

Dejó que Spatz saliese y permaneció unos minutos allí, en la mesa, reflexionando a toda velocidad.

No podía evitar que la extrañeza ante aquella «magnanimidad» de los plutócratas marcianos le produjese una sensación rara, como cuando se está al borde de un charco donde las materias orgánicas se han corrompido, a pesar de la aparente limpieza de la superficie. Sí, cada vez estaba más seguro de que algo horrible se ocultaba tras «el gesto caritativo» de aquellos granujas.

—Pero… ¿el qué?

Precisamente era aquello lo que quería resolver de una vez para siempre. Aunque, de todos modos, iba a meterse en la boca del lobo.

Sustituyendo a Joe.

Lo del regreso del muchacho a la Tierra podía considerarse como garantizado. Entre los informes que dejaría a Callowan, le

diría que Joe fuera llevado a la Tierra y que se le proporcionase un empleo para que pudiera defenderse honestamente el resto de su vida.

Sonrió.

Porque tal idea, que tenía mucho de «testamentaria», habla sido ideada para el caso de que él tuviera la mala suerte de fallar y caer en la trampa hacia la que voluntariamente se dirigía.

Antes de regresar al hotel, pasó por una farmacia, donde se proveyó de varias sustancias que, una vez en su habitación, mezcló con el vino que iba a ofrecer a Joe.

Había comprado cerveza para él.

También encargó una suculenta cena, pensando que era muy probable que fuese lo último que tomase en su vida.

No estaba nervioso, aunque sí impaciente.

Cuando Joe entró, Dean lanzó un silbido admirativo. Su amigo, vestido con una elegancia un tanto chillona, parecía completamente otro.

—¿Qué te parece?

—¡Estupendo! Veo que sabes vestirte.

—Hace mucho tiempo que no llevaba ropa como ésta —confesó Spatz— Ahora, cuando me miro al espejo, maldigo el tiempo que he perdido y el momento en que creí que en Marte iba a resolver mi vida.

—Ahora la resolverás.

—¡De eso no puedes dudar! ¡Haría cualquier cosa con tal de poder regresar a la Tierra! ¡Allí no tengo miedo a nada ni a nadie! Hay trabajo para todo hombre que desee ganarse el dinero honradamente.

—¿Cenamos?

—¡Vamos! ¡Tengo un apetito formidable! ¡Y una sed horrible! ¡No puedes imaginarte lo que he tenido que aguantar para no entrar en ningún bar. Pero aquella muchacha me dijo que debía ser prudente, y no quiero que nadie me pregunte dónde voy y lo que pienso hacer.

«Aquella muchacha…» —pensó Dean, con un rictus de cólera.

Se pusieron a comer y Joe no desconfió en absoluto cuando vio que su compañero bebía cerveza. Harold había demostrado que le gustaba más aquella bebida que el vino y no había motivo de

desconfianza.

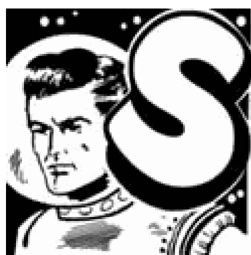
El efecto del soporífero complicado que Dean había puesto en el vino empezó a notarse pronto. Y antes de que hubieran terminado de comer la carne, Joe dio unas cabezadas terribles, quedando como fulminado y hundiéndose en un sueño profundo.

Con todo cuidado, Dean cogió a: su amigo, dejándole sobre el lecho. Puso después una nota que había escrito al muchacho, de forma que la viese cuando despertase. Le explicaba todo, rogándole que le esperase allí.

Aunque Joe tenía para cerca de treinta horas. «Si todo sale bien-pensó Dean —, estaré de vuelta antes de que despierte.»

Y abandonó la habitación, cerrándola cuidadosamente con llave.

Capítulo IX



E dirigió, en un coche, a la esquina donde habían citado a Joe.

Al abandonar el taxi, vio que había llegado demasiado temprano. Faltaban veinte minutos para las doce y tenía tiempo de sobra. Las luces del elegante bar le atrajeron. Y cuando se acercaba a la puerta exclamó alguien a su lado:

—¡Hip! ¡Buenas noches… hip… amigo!

Dean se volvió.

Era un hombre alto, bastante inclinado. No llevaba sombrero, dejando ver una flamante calva. Su traje era de buena calidad y su porte elegante, aunque la borrachera daba a su rostro, con barba descuidada, un aspecto un tanto desagradable.

—¡Hola… amigo! ¿Tomamos un trago?

Harold dudó unos instantes.

En el fondo, lo que menos deseaba ara llamar la atención, y si rehusaba la invitación del ebrio, podía estar seguro de que iba a darle la lata un buen rato.

—Bueno —dijo resignado.

Penetraron en el bar y el otro se cogió a su gabardina, moviéndose con visible dificultad.

Una vez ante el mostrador, el hombre hizo verdaderos esfuerzos hasta que con la ayuda del agente pudo encaramarse en lo alto del taburete.

—. ¡Gracias… hip… amigo! Yo invito…, ¿qué quieres?

—Me es igual…

El ebrio sonrió y se dirigió al «barman», que había acudido

—Usted dirá, señor.

—¿Sa.., sabes una cosa, Fred?

—¿Qué, señor?

—Vas a pre… prepararnos un par de esos… «cohetes»… ¿entendido?

—Sí, señor Molland.

Ei «barman» sonrió, alejándose para preparar lo que le habían pedido.

—Veo que le conocen a usted aquí-dijo Dean, por decir algo.

—Es… natural… —repuso el otro— ¡Soy el… el… el mejor cliente de este bar! ¡Pue… puede creerme!

Momentos después el «barman» sirvió, en dos vasos altísimos, los cócteles que Molland llamaba «cohetes». Eran mucho menos fuertes de lo que el agente había creído, y su sabor era muy agradable.

Echó una ojeada al reloj.

—Lo siento, amigo… —dijo—, pero he de irme. Tengo una cita.

—¿Con… al… al… alguna chica?

—Sí, con una chica —mintió Dean.

—¿Y… y… y… y no traerá ninguna amiguita?

—No, lo lamento. Adiós y gracias.

—De… de… de…, nada… ¡Fred!

—¿Qué señor?

—O… o… o… tro «cohete».

—¿No son ya demasiados, señor?

—¿Y… a ti qué… qué… te importa?

Dean, que había oído aquellas últimas palabras, sonrió, una vez en la calle, se situó en el punto convenido, echando una ojeada al reloj.

Faltaban dos minutos para la medianoche.

Poco después, al tiempo que unas campanadas sonaban en un edificio vecino, un coche magnífico, birreactor, completamente

negro y brillante, se detuvo a su lado.

El conductor asomó la cabeza.

—¿Joe?

—Sí.

—Sube atrás.

—Bien.

Obedeció Harold, temblando todavía.

Per fortuna, el ala del sombrero había ocultado rostro al chófer, que, por el contrario, al sacar cabeza por la ventanilla del vehículo, dejó que el agente le reconociese.

¡Era uno de los nombres que, en el 3433 de Space Avenue habían ayudado a Clara a bajar los paquetes recibidos en la Aduana!

Y, con toda seguridad, aquel granuja formaba parte de los que le atraparon, en la oscuridad de la calle, para torturarle.

* * *

El viaje le pareció bastante largo. Cuando, finalmente, después de abrirse ante el coche una verja, penetró en una senda de un cuidado jardín, habían transcurrido tres horas desde el momento en que abandonaron la ciudad.

Un mayordomo salió a su encuentro.

Dijo.

—Acompáñeme, por favor.

Le siguió a través de pasillos y salones de una riqueza señorial. Luego, en la primera planta, el mayordomo abrió una puerta, y con tono ceremonioso dijo:

—Ésta es su habitación, señor… Buenas noches.

—Buenas noches.

La puerta se cerró tras él, y Dean se quedó viendo visiones en aquella estancia, cuyo luto refinado era extraordinario. Era natural que los pobres desdichados que llevaban a lugares como aquél lo olvidasen todo, creyéndose en pleno sueño.

Frunció el entrecejo.

No le gustaba aquello de sueños, ya que el recuerdo de la falsa pesadilla que pasó no había perdido aún toda su aspereza.

Después de examinar detenidamente la estancia, juzgó que lo

mejor era descansar, alerta, ya que al día siguiente podrían esperarle —esfuerzos y decisiones que necesitasen un estado alerta y fresca.

Al despertarse, ocho horas después, se encontró con el rostro imperturbable del camarero,

—¡Buenos días, señor!

—Buenos días.

—El señor Bunker le ruega que venga a la terraza.

—En seguida voy.

Quince minutos después, tras haberse vestido, el agente salió, encontrando al camarero que le esperaba, y que le guió hacia el exterior de la casa.

La terraza estaba dispuesta en forma de media luna, con una hermosa piscina, no muy grande en el centro. Reinaba una temperatura agradable; quizá un poco excesiva, y Dean, al mirar hacia el cielo, se percató de que se hallaban bajo una cúpula de plástico transparente. Un regulador de clima debía proporcionar aquel ambiente cálido.

—¡Acérquese, Joe!

Dean se volvió, viendo a un hombre regordete, en traje de baño, que sentado en una mecedora y ante una mesa con bebidas, le hacia un gesto amistoso.

Se acercó.

—Buenos días —.dijo.

—Siéntate, amigo mío… —repuso el hombre, que no podía ser otro que el dueño del «Cosmic».

Obedeció o! joven, y el anfitrión hizo una seña al camarero.

Trae a mi amigo lo que quiera y procúrale un traje de baño. ¿O no le gusta el agua, Joe?

—Me encanta.

Poco después, Harold pasaba a una cabina cercana, poniéndose el traje de baño que le habían dado. Luego se sentó al lado del hombre.

—¿Qué quieres beber?

—Un poco de «whisky».

—Bien, aquí tienes de la mejor calidad escocesa, ¿Estás contento?

—Mucho, señor.

—¡Estupendo! Pasaremos aquí unos días, y luego haré qué te saquen un pasaje de lujo para la Tierra.. Además te daré doscientos mil dólares. ¿Qué te parece?

—Magnífico, señor.

El otro se recostó en la hamaca.

—Tienes razón… Ha sido magnífica esta idea de devolver un poco de bien a nuestros semejantes. Se encuentra uno mejor, más tranquilo… ¡Y es tan sencillo sentirse Bien!

Harold había terminado de beber el «whisky».

—¿Nos bañamos? —inquirió el hombre.

—Cuando usted quiera.

La temperatura se prestaba, y Harold deseaba encontrarse en el agua.

—¡Tom! —llamó el dueño de la casa.

Un negro apareció, con unas toallas y una cajita.

—Danos un masaje, Tom.

—Yo no lo necesito —dijo Dean.

—¡Claro que lo necesitas! ¡Ya lo verás! Permaneceremos en el agua un buen rato y este agua desgasta mucho… ¡Vamos, Tom!

El negro dio el masaje a su dueño, haciendo que Dean se tendiese después para repetir la operación con él.

Desde luego era un masajista experto, y sus manos poseían una energía y velocidad portentosas,

—¡Al agua!

Se lanzó primero Dunker, zambulléndose con decisión y soltura. Dean le siguió, notando que el agua, como temía, estaba demasiado caliente.

—¡Tom, el balón!

El negro lanzó la esfera multicolor hacia un ángulo de la piscina.

Dunker se volvió, sin dejar de nadar, hacia el joven:

—¡Cien dólares si la coges antes que yo!

Se lanzaron ambos en un sprint veloz. Harold estaba seguro de que llegaría antes, y así fue, pero el cuerpo del otro chocó contra el suyo, demostrando que aquel hombre, a pesar de su obesidad, estaba aún muy ágil.

—¡Tira la pelota a Tom!

Dean obedeció.

Se repitió el juego durante un rato, y en una de las ocasiones, al

sumergirse, el agente vio que había algunos peces exóticos nadando en el fondo de la piscina.

—¡Quinientos dólares si llegas antes que yo! —lanzó, en aquel momento, Dunker.

Dean salió lanzado.

Le importaba un bledo aquel juego estúpido, pero tenía necesidad de hacer lo que Joe hubiese hecho en su puesto.

Fue al llegar junto al balón, chocando también con el otro, cuando lanzó un grito.

—¿Qué te ocurre? —inquirió el millonario.

—Un pinchazo en el costado.

Dunker lanzó una carcajada.

—¡No temas, Joe! Esos pececitos están acostumbrados a nuestros juegos, y, de vez en cuando, les gusta intervenir en ellos…

Nadaron un poco más y Dunker se dirigió hacia la escalerilla, seguido por el joven.

—Voy a salir…, estoy un poco cansado… ¡No, tú no salgas! Voy a darte una sorpresa agradable…

Harold, nada tranquilo, vio una silueta verdosa que corría por el borde de la piscina y que saltaba dentro, desapareciendo bajo el agua. Movido por una sensación de temor, intentó asirse a los barrotes altos de la escalerilla.

Dunker rió.

—¿Cómo? ¿Tienes miedo? ¡Pero fíjate en la hermosa sirena con la que vas a divertirte ahora!

Dean se volvió, viendo que una joven, que nadaba impecablemente, se acercaba a él.

—¡A ver, Tom! ¡Prepárate para tirarles el balón! Seguro que Joe no gana ahora tan fácilmente la carrera!

La muchacha llegó junto a él, emergiendo a su lado.

¡¡Clara Spencer!!

Se miraron y ella frunció el entrecejo, como si buscase su imagen entre los recuerdos recientes.

—¿Preparados? —gritó Tom en aquel instante.

—¡Un momento! —gritó ella—. Ya te diremos cuándo debes tirar.

Y, volviéndose hacia el joven, sonrió.

—¡De verdad que usted era la última persona que pensaba

encontrar en este sitio!

—¿Me ha reconocido?

—Sí. ¿Qué hace aquí?

Ahora fue él quien sonrió.

—Ya lo ve… Esperando que Tom nos tire el balón.

Ella guardó silencio; luego dijo:

—Creo que pierde el tiempo, señor policía. —Ahora no estoy de servicio. Me divierto solamente.

—¿Cómo sustituyó a Joe?

—Ya lo ve. Él quería volver a la Tierra y le procuré un pasaje.

—Sentía curiosidad por lo que había aquí, verdad?

—Mucha.

Ella volvió a sonreír.

—¡Cuánto se equivoca! Nada anormal ocurre en lugar…, donde sólo se hace bien a los demás.

—Ya sabe, Clara, que no puedo creerla.

—Le comprendo. Pero, que yo sepa, jamás le mentí.

—¿Segura de ello?

—Por completo.

Él se encogió de hombros.

—Creo que lo mejor es acabar esta comedia. Diga a su amigo quién soy y hará que los criados me echen a patadas…, sí es que no idean algo peor.

—¿Por qué? ¿Cree que tenemos que ocultar algo a la policía? ¡Se equívoca, le repito!

—Es igual. ¿Salimos? Porque supongo que el juego ya está terminado.

—No lo crea. Yo no soy tan rencorosa como usted… Vamos a ordenar a Tom que nos tire la pelota. Jugaremos como buenos amigos… ¡Ay!

—¿Qué le ha ocurrido?

—Un pez que me ha mordido en un pie.

—No se preocupe. También me ocurrió a mí antes, aunque debió de ser más grande que el suyo, ya que me hizo bastante daño.

—Son muy juguetonas. ¿Vamos?

—Cuando quiera.

—Bien. ¡Tira el balón, Tom!

El negro obedeció y los jóvenes nadaron, repitiendo el juego

varias veces. En la última, Dean volvió a sentir el mordisco en el costado.

—¡Ya estoy harto de estos estúpidos peces! Salgamos.

—Como usted quiera.

Abandonaron la piscina, y Tom, solícito, les cubrió con dos floridos albornoces.

Luego se sentaron junto a Dunker.

Un vaso de combinado les entonó enseguida. Encendieron un cigarrillo y Clara, mirando al anfitrión, dijo:

—¿Sabes que este hombre no es Joe?

El otro frunció el entrecejo, clavando juna inquisitiva mirada en el agente.

—¿De veras?

—Sí. Nuestro invitado de honor es, nada menos, que un agente de la Spacial International Police.

Por un momento, el rostro de Dunker tomó un color pálido; pero una sonrisa desnubló la expresión de sus facciones.

—¡Qué cosa más interesante! ¿Es verdad, joven?

—Sí.

—No sabe lo contento que estoy de tener un invitado de tanta categoría,

—¿De veras?

—Puede estar seguro. Aunque me interesaría, si eso es posible, conocer los motivos de su presencia aquí.

—Soy muy sencillos: saber qué se traen ustedes entre manos.

—¿Nosotros?

—Sí. Leuteriz, Van Dusen y usted, aunque creo que habrá más.

—Curioso, curioso… ¿Lo ha descubierto usted solo?

—Sí. Me engañaron una vez; por eso, aprovechándome de mis vacaciones, vine a aclarar ciertos puntos.

—¿Y… los ha aclarado?

—En parte, sí..

—Si yo puedo ayudarle…

—Es posible. Lo que no he podido saber, con certeza, es el papel de esa enfermedad de los pantanos… de los que ustedes extraen el uranio.

Dunker lanzó una carcajada.

—¡Que imaginación más portentosa! ¿Así que está de

vacaciones, eh?

—Sí.

—Pues sus jefes no se mostrarán muy contentos al saber que se ha metido usted en un asunto que dejará a la SIP en ridículo.

—¿Está usted tan seguro?

—Por completo —y después de una pausa—: Naturalmente, para su desgracia, usted no volverá jamás a ver a sus jefes.

—¿Es una amenaza?

—Puede tomarla como quiera. Ha jugado demasiado fuerte… y ha perdido.

—Yo no lo creo así.

—Porque es usted un perfecto imbécil.

Dean se puso en pie, cerrando los puños, dispuesto a lanzarse contra aquel sapo repugnante.

Pero Dunker había sacado de su asiento una pistola y le apuntaba fríamente.

—¡No se mueva, polizonte! ¡Voy a decirle lo que va a pasarle!

El grito de Clara rompió el silencio que siguió.

—¡No, no hagas eso! ¡Es demasiada crueldad! ¡No lo hagas!

Dunker miró a la muchacha con desprecio.

—Siempre fuiste un poco estúpida…

—¡No lo hagas! ¡Deja que muera, pero no lo hagas! ¡Le harías sufrir mucho más!

—¡Que sufra! ¡Es un asqueroso polizonte y debe pagar el haberse metido donde no le importaba!

En aquel momento, Harold Dean sintió un pinchazo horrible en el vientre, tan intenso que se dobló por la mitad.

Dunker lanzó una carcajada.

—¡Fíjate, Clara! ¡Mira lo que producen las picaduras de los pececitos! ¡Ja, ja, ja!

Dean se dobló aún más.

Sabía que iba a morir, pero no quería pensar en «ello». Mejor era que aquel sapo asqueroso disparase.

Por eso, deseoso de que la muerte llegase cuanto antes, librándole de la indecible tortura que sabía le esperaba, hizo un esfuerzo, agarrándose a la mesa, que arrastró en su caída.

Un abismo sin fondo se abrió a sus pies…

Capítulo X



RA como si la niebla que le rodeaba fuese dejando pasar, paulatinamente, un poco de aquella luz que tanto deseaba.

¡Luz y aire!

Ambas cosas, al unísono, fueron llegando hasta él.

Hasta que pudo abrir los ojos.

El temor de haberse equivocado, de estar de nuevo en el centro del torbellino de una espantosa pesadilla, le obligó a cerrar los ojos.

Prefería la oscuridad a la locura.

Pero después, al abrir los ojos de nuevo, volvió a ver el rostro de Clara, que le sonreía.

Pero no era aquello lo que le llamaba la atención, sino los otros rostros, los que desde detrás del de la muchacha le miraban también.

¡Donald Callowan!

¡Joe Spatz!

¡Todos ellos sonrientes!

Donald se acercó a él.

—¿Te sientes mejor, muchacho?

—Sí… un poco.

—Van a ponerte una nueva inyección y te sentirás como nuevo.

Y así ocurrió, en efecto.

Media hora más tarde, completamente recuperado, estaba sentado en el lecho, rodeado por los demás que habían tomado asiento en sillas y sillones.

—Seguro que ahora te encuentras mucho mejor dijo Donald —. ¿No es verdad?

—Sí, pero…

Su jefe le interrumpió.

—Sí, ya sé que estarás deseando saber. Pero, después de los cinco días que has pasado aquí, no creo que un minuto más o menos…

—¿Cinco días aquí? ¿Dónde estamos?

—En el «Cosmic».

—¿Cómo he llegado aquí? ¡Porque no irán a decirme que he soñado de nuevo!

Donald sonrió.

—No muchacho…, no soñaste nunca,

—¡Menos mal!

Hubo un silencio.

Dean había mirado a la muchacha varias veces, pero ella bajó la mirada.

—Vamos a satisfacer tu curiosidad —dijo Donald.

—Estoy deseando…

—Bien. Empezaremos por el principio. Hace años un holandés llegó a Marte…

—¿Van Dusen?

—El mismo. Traía un poco de dinero y una carga, un bagaje cultural bastante grande. Había trabajado en el Museo de Historia Natural como taxidermista, pero ganaba poco, y su ambición lo trajo aquí.

Pronto se percató de que las cosas no iban en Marte tan bien como había pensado, por aquel tiempo, se corrió la voz de que había yacimientos de uranio en la zona de los pantanos.

—Ya lo sé. Joe y James me lo contaron.

—Perfectamente. Van Dusen, atraído por una riqueza fácil, corrió, como otros miles, hacia allí. Al llegar a los pantanos vio que los hombres morían como moscas, víctimas de una enfermedad

curiosa, que empezaba por una euforia formidable y terminaba con una muerte espantosa.

—Siga.

—El espíritu científico de Van Dusen y su intuición le hicieron comprender, antes que a nadie, la esencia de aquella enfermedad. Junto a los que huyeron, volvió a la ciudad. Pero ya tenía un plan diabólico en la cabeza.

»Pasaron muchos años y el único hombre que, con toda seguridad, visitaba la zona maldita era el holandés. Tomando toda clase de precauciones, consiguió estudiar la enfermedad, descubriendo a los agentes patógenos que la producían.

»Y ahora viene lo curioso.

»El agente de la enfermedad no es un microbio, sino una especie de parásito que se introduce en el cuerpo humano.

—¿Y la alegría de la primera etapa?

—Un momento. En efecto, al entrar en el cuerpo, el animal no toma más que, los residuos del «anfitrión»»; es decir, se comporta como un simbiota.

—¿Qué es eso?

—Un animal que vive a expensas de los desechos de otro, sin causarle mal alguno. Aunque en este caso se produce lo contrario.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el gusano en cuestión, después de devorar los restos que encuentra en los últimos tramos del intestino, segrega, unas substancias que, al pasar a la sangre, producen una sensación de euforia jamás igualada.

»Ninguna de las drogas que han envenenado a la humanidad es capaz de producir ni la centésima parte de la alegría incontrolada que despiertan las substancias segregadas por el gusano.

»Es algo indescriptible. El hombre que ha recibido al gusano se siente inmensamente feliz, seguro de que todo le saldrá bien. Optimismo, euforia, alegría indescriptible.

—¿Y después?

—Espera. Esa acción eufórica que podemos comparar a la de una droga, pero muchísimo más intensa y completa, dura unas tres o cuatro semanas. Como ves, un período de tiempo suficiente para justificar muchas cosas.

»Después, como tú has dicho, ocurre algo distinto. Hay que decir

primero que el gusano es un animal hermafrodita; es decir, macho y hembra están juntos en él.

»Cuando ha engordado hasta alcanzar un tamaño diez veces mayor que el normal, se reproduce, pero los hijos permanecen al lado de los padres, convirtiendo al inofensivo animal en una especie de monstruo voraz que devora todo cuanto se pone a su alcance.

»Intestinos, hígado, bazo y hasta pulmones son glotonamente devorados por el simbiota que ha estado engañando hasta entonces, quizá por un mecanismo de defensa natural, al anfitrión que lo ha recibido.

»De ahí la tortura atroz de la agonía que sufre el desdichado que contrae esta enfermedad.

—¿Le ocurrió eso a Roop?

—Sí. Lo de Roop fue el desencadenamiento de todo lo que iba a permitirnos descubrir esto… gracias a. ti.

—¿Cómo ocurrió?

—De esta manera: Evan Roop cortejaba a Clara, aquí presente, aunque ésta no le hacía mucho caso. De todos modos, se dio cuenta de que Roop era un buen muchacho y no quiso desilusionarle de golpe.

»Clara tenía muchísima confianza con su pretendiente y un día le dijo que conocía un procedimiento para conseguir una felicidad nunca conocida. En realidad, ella ya le había conocido varias veces, ya que para contar con su complicidad, el dueño de la «Shulder» le inició en esta… toxicomanía.

—¿Ella lo hizo? ¡Pero si está viva!

—Un momento. Roop consiguió que ella cogiese un gusano de la casa de Van Dusen, donde iba muy a menudo, sobre todo para llevarle los paquetes de animales que el disecaba. Ya comprenderán que, cuando el holandés tuvo mucho dinero, no pudo olvidar su profesión y así fue como se montó un verdadero museo en su casa: era su manía, su violín de Ingres.

—¿Qué ocurrió después?

—Clara le había dado, junto con el gusano, unas instrucciones a Roop; pero éste no la creyó, sospechando que lo que deseaba era quitarle el gusano del cuerpo. Así, tomó la astronave y se largó para la Tierra.

»Asustada, sabiendo que el descubrimiento del simbiota podía

producir una verdadera catástrofe, se lo dijo a Howard Leuteriz y éste, más asustado aún, se lo comunicó al holandés.

»Más práctico que sus amigos, Van Dusen envió a Lewis y Carl para que se deshiciesen de Evan antes de que su cuerpo pudiese ser examinado por un médico oficial.

¿Llegaron tarde, como saben. Pero pudieron enterarse de que el gusano había pasado a Bixby.

A éste sí que lo mataron, pero cometieron el error de no quemar, como les había ordenado el holandés, el cadáver.

¿Llevando, sin saberlo, el simbiota en su cuerpo Carl subió a la astronave con Lewis y contigo.

»A1 ver que su amigo había cogido el mal, Lewis se aterró y envió un telegrama, recibiendo la orden de terminar con su amigo, cosa que hizo, contrayendo, a su vez y para su desgracia, la enfermedad.

Por eso lo mataron cuando tú lo seguías en busca de una pista.

»Luego te atraparon a ti, porque deseaban saber lo que la SIP había adivinado. Cuando se dieron cuenta de que sabíamos muy poco, montaron el escenario para hacerte creer que habías tenido una pesadilla. Ya comprenderás que el personal del hotel no tenía más remedio que obedecer a su jefe.

—¡Ahora lo entiendo! naturalmente, olvidaron lo que es capaz de pensar un agente de la Space International Police. Y tu entrega de las uñas al laboratorio fue el mejor golpe de todos.

—¿Encontró mi informe escrito al llegar de Europa?

Callowan sonrió.

—No fui a Europa, muchacho. Yo leí el informe del laboratorio de la policía de Marte, pensando que lo mejor que podía hacer era dejarte obrar a tu modo… pero sin perderte de vista.

—¿Me siguió?

—Como tu propia sombra. Así pude darme cuenta de que entablabas conversación con James y Joe. Hice instalar, después de identificarme ante el tabernero, un puesto de escucha en vuestra mesa. De esta manera pude seguir vuestras conversaciones.

—¡Muy ingenioso!

—Sí. Cuando James te dijo que iba a pasar unos días con el patrón de Clara, me di cuenta de que algo se descubriría.

—¡La falsa filantropía!

—Eso es. Por desgracia, no pude hacer nada por James.

—Pero… ¿no volvió a la Tierra?

—Sí, en cierto modo… ya que fue quemado y enterrado.

—¡Canallas!

—Ya comprenderás que todo eso de la filantropía no era más que un engaño.

—Sí; pero ¿para qué lo hacían?

—Muy sencillo. Van Dusen había descubierto la manera de hacer que el simbiota saliese del cuerpo de su anfitrión antes de reproducirse; es decir, antes de convertirse en un implacable monstruo devorados

—¿Descubrió eso?

—Sí… y ése fue su triunfo. Ya que, de esa manera, podía ofrecer felicidad a los ricos de Nouvelleville, haciéndoles pagar a cambio de esa euforia, de ese paraíso artificial.

—¡Como un vendedor de drogas!

—Eso es, como un traficante de estupefacientes. Sólo que el ofrecía algo mil veces mejor que la heroína, la morfina, la cocaína, el opio u otras drogas más.

—Entonces…

—Todo estaba montado perfectamente. Los clientes, perfectamente seleccionados, pagaban bien y se prestaban a todo lo necesario para no llegar al límite malo de la enfermedad.

—¿Cómo lo hacían?

—Disfrazándose de «buenas personas». Querían aligerar su conciencia, hacer bien a su prójimo. Y buscaban, en los barrios bajos de la ciudad, a alguno de aquellos hombres desesperados por su fracaso, muchos de los que conocían de los primeros tiempos, cuando todos eran pioneros.

«Llevándolos a sus fincas, en los alrededores de la ciudad, les invitaban a bañarse…

—¿Como a mi…?

—Como a ti. Antes de entrar en el agua, hacían que un masajista untase el cuerpo de la futura víctima con una pomada que había preparado el holandés y cuyo olor atraía al simbiota.

Dean exclamó:

—¡Pero también se frotaban ellos!

—Con otra completamente distinta…

—¡Perros!

—Una vez en el agua obligaban al invitado a que hiciese un ejercicio violento. La pomada salía junto al sudor y llegaba a los órganos sensibles del simbiota que, aprovechando los choques de aquel juego aparentemente estúpido, pasaban de un cuerpo a otro.

»Para que nadie sospechase nada, había pececitos en el agua, que eran los responsables, según decían los anfitriones, de los mordiscos inofensivos que sentía el desdichado invitado.

—Pero…

—¿Qué, Dean?

—¡Yo también fui picado dos veces!

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Déjame terminar… Una vez que los simbiotas habían pasado al nuevo cuerpo, se producía, un poco más tarde, la conversión en bestias feroces. Entre horribles dolores, el pobre desdichado del invitado moría… Lo demás era muy sencillo: un equipo de hombres del holandés llegaba, en el momento oportuno, rociaba el cuerpo con algo que evitaba salir al simbiota, y lo quemaban después, enterrando las cenizas.

—¡Maquiavélico!

—Así pienso yo…

—Pero… ¿y mi caso? ¿Tengo esos bichos aún en el cuerpo?

Donald sonrió.

—No, no tengas miedo. Ya procuré yo defenderte, dentro de mis posibilidades.

—¿Usted?

—Sí. En cuanto te vi entrar en la farmacia; es decir, cuando oí que le decías a Joe que le invitabas a cenar en tu habitación, comprendí lo que te proponías. Y tomé mis medidas.

—¿Cuáles?

—¿Recuerdas al hombre que te invitó a beber en el café en cuya esquina debías esperar el coche?

—Sí.

—Era yo.

—¿Eh?

—Si. Ya sabes, por experiencia, que no soy malo disfrazándome. La prueba es que te engañé. Y el camarero del bar, el «barman», era

uno de mis hombres que te dio a beber una substancia capaz de adormecer a los simbiotas.

—Entonces… ¿sabía usted?

—Sí. Vine de la Tierra con varios doctores del servicio. Oímos, por nuestra parte, la historia del pantano y fuimos, debidamente protegidos, a aquellos lugares. Aunque la cosa nos resultó fácil, ya que entramos en la casa del holandés y supimos así toda la verdad sobre los gusanos.

»Así descubrimos uña sustancia capaz de paralizar a esos bichos durante unas horas, aún en su fase antropófago. Y eso fue lo que bebiste conmigo en aquel bar.

—¡Es extraordinario!

—Un poco. Después te seguimos… llegando a tiempo para recogerte del suelo, aunque podías estar ya muerto.

—¿Por qué?

—Porque Bunker, loco de rabia, disparó contra ti y, de no haber sido por Clara, que le agarró el brazo, te hubiera volado la cabeza.

Miró a la joven:

—Gracias…

Después, volviéndose hacia el jefe, preguntó:

—¿Cómo lograron sacarme los gusanos? Porque llevaba dos: uno de ese granuja de Bunker y otro de Gloria, ¿no es eso?

—Sí. Para sacarlos, Joe se prestó voluntario. Había leído tu nota y maldijo el que no le hablases claro antes, ya que te hubiera ayudado y se hubiese prestado a todo.

»Joe se untó la pasta, poniéndose a tu lado. Cuando los simbiotas recuperaron la vitalidad, saltaron, pero un médico había colocado una placa de plástico entre tu cuerpo y el de Joe… y los simbiotas cayeron en la trampa.

—¡Gracias, Joe!

—¡De nada, muchacho!

Donald se puso en píe.

—Bueno —gruñó, sacando el consabido cigarro habano—, creo que lo mejor es irse y dejar a Dean tranquilo. Además —guiñó un ojo a Joe—, me parece que la señorita Spencer, que después de todo fue engañada por su patrón, que le hizo caer en esa horrible manía de los simbiotas, desea pedir perdón a Harold. ¿No es cierto, señorita?

—Sí, señor…

—¡Pues en marcha, Joe!

Salieron.

Y mientras bajaban la escalera, Donald, sin dejar de sonreír, se detuvo un momento.

—¡Ahora! —dijo.

—¿El qué, señor?

—Ahora se están besando.

El otro frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Cálculo matemático, muchacho. Medio minuto para empezar a hablar, sin dejar de mirarse, tres segundos para decirse todo con los ojos… y ¡ya está! ¡No falla jamás! ¿Vamos a tomar un trago?



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Un poder superior había forjado la más loca idea del mundo:

EL IMPERIO DE LA MUERTE

Acción, intriga, interés, no son meras palabras cuando se trata de una novela de W. SAMPAS.